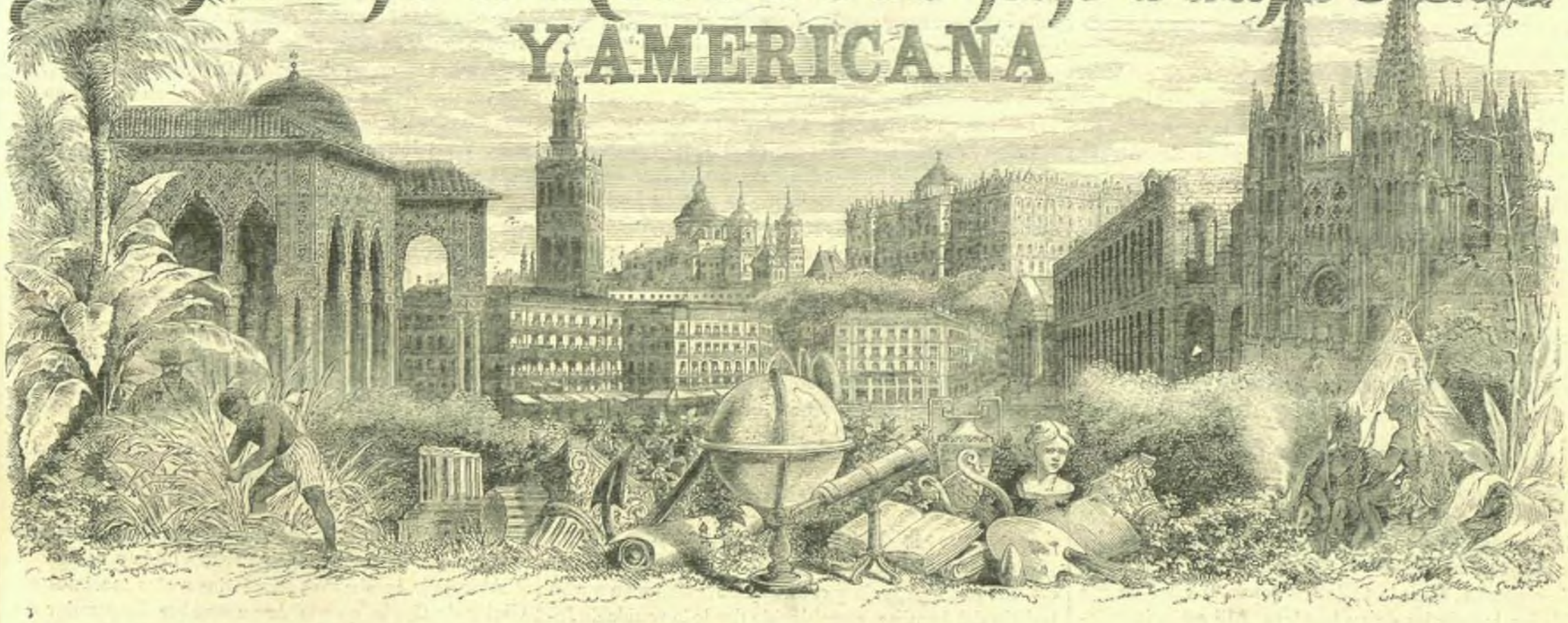
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA



MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,040 reis; seis meses 3,200; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 24.

Octubre 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO

TEXTO.—Crónica, por don Antonio Benavides.—Los generales Izquierdo, Alaminos y Peralta.—Iglesia de Sedan.—Patio de la Cartuja en Roma.—Revista militar verificada en Madrid el 9 de Octubre de 1870.—El salvavidas de Mr. Perry.—Escenas de campamento.—Naufragio del bergantin *El Nacional*.—La caza del oso.—El refugio de las letras, por don José de Castro y Serrano.—Revista de teatros, por don Manuel Cañete.—Dia de difuntos, por don Fernando Fulgosio.—La fé del amor (continuacion), novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Las inundaciones del Turia.



EL GENERAL ALAMINOS (jefe de la 1.ª division).

GRABADOS.—Los generales Alaminos, Izquierdo y Peralta.—Roma, patio de la Cartuja.—Iglesia de Sedan.—Salvavidas de Mr. Perry.—Naufragio del bergantin español *El Nacional*.—Revista militar.—La caza del oso en California.—Escenas de campamento.—Inundaciones del Turia.



EL GENERAL IZQUIERDO (capitan general de Castilla la Nueva).

CRÓNICA.

VISITA QUE HACEN AL SEÑOR ZORRILLA Y Á CÁRLOS V, EL REGENTE DEL REINO Y EL PRESIDENTE DEL CONSEJO, EN EL ESCORIAL.

En los primeros dias del mes que corre, háse verificado en el Escorial un acontecimiento importante, que sin hallarse revestido de cierto interés del momento, y además político, no lo hubieran notado los contemporáneos, pero que de seguro la historia lo hubiera registrado en sus anales, con escasa loa para sus autores. Vivia retirado el presidente de las Córtes en el famoso monasterio de monjes Jerónimos, que mandó erigir al glorioso mártir San Lorenzo, y en memoria de una brillante victoria española, el rey Felipe II. Sin peligro de equivocarnos ni de equivocar á nuestros lectores, podemos asegurar que no le llevaban á aquel solitario asilo, ni la devocion que inspiran todavía sus secularizadas bóvedas, ni mucho ménos el recogimiento piadoso y la penitencia humilde en que terminaron sus



EL GENERAL PERALTA (gobernador militar de Madrid).

dias, acallando los gritos de su conciencia, gran número de varones ilustres, que despues de llenar con su nombre y sus hazañas los ámbitos del mundo, fatigados de tanto vivir, y atribulados, y pesarosos del mal que habian causado, áun contra su voluntad, buscaban en tan santos lugares la tranquilidad que habian perdido, y la gracia que les faltaba.

Lugar de esparcimiento, más que de penitencia, es

hoy el Escorial, sitio de ruidoso afan más que áspero desierto; deliciosa mansion, en la que las brisas del Guadarrama templan suavemente el ardoroso ambiente madrileño; hospital de convalecientes para enfermizos cortesanos; solaz de parlamentarias tareas, y consuelo de políticos desengañados.

De todo tenia el presidente retraido; de todo participaba su tenaz propósito; de manera que ni halagos, ni caricias, ni puertas abiertas á la esperanza ni al temor, eran medio á convencerle á dejar aquella soledad, cambiándola con las alegrías de la capital y las adulaciones de los que considerándolo como un hombre importante, aumentaban su importancia con el aplauso de la lisonja. Ya sabemos que las sectas filosóficas en boga hoy, miran al Monasterio con horror y que les inspira ódio en vez de amor, menosprecio en vez de admiracion, desden y desvío hácia las ideas que representa, que llaman caducas, y que están dispuestas á trocar, artes, ciencias y gloria, pormenores y conjunto, por las elucubraciones estériles del entusiasmo progresista.

¡Cuán de otra suerte debe mirarse y admirarse el Escorial! Aquel palacio, hoy abandonado de sus huéspedes reales, y de sus huéspedes naturales, los reyes y los monjes, revela á la contemplacion del que pasea por sus cláustros desiertos, la grandeza de la monarquía española, el poderio de sus reyes, el valor de sus soldados, las glorias de su bandera. Allí están inscriptos con caractéres que nunca se borran, los nombres de Pavía y San Quintin, esto es, la humillacion de la Francia, vencida no por los alemanes, sino por los españoles: allí Otumba, nombre imperecedero, que demuestra la civilizacion de un mundo que empieza; y Lepanto, que revela la agonía de un imperio que acaba. Por todas partes el esplendor de las artes españolas, la severidad y altivez del carácter castellano en ambos mundos impresas. Allí Claudio Coello, Zurbarán, Jordan, Toledo y Herrera. Villacastin inteligente, humilde y laborioso; Rui Gomez de Silva, sutil, mañoso y contemporizador. Las campanas y los tambores, ruidosos emblemas que no suelen tocar muy de acuerdo, son en el Escorial instrumentos de una orquesta, y los órganos sonoros invocando con sus cien voces el santo nombre de Dios, hacen coro á las músicas marciales que marchan al frente de los invencibles tercios, terror del turco, asombro de indios, temor de franceses, pasmo de italianos, admiracion del mundo.

Es grato, ahora quizás más que otras veces, contemplar la decaida majestad del palacio Real, construido para las cosas y para los hombres de otros tiempos. El sello de la grandeza del siglo XVI está esculpido en sus cinceladas piedras, el carácter de aquella época de verdaderos prodigios está impreso en aquel magnífico monumento. No parece sino que al dar una vuelta por sus patios y jardines, se ve la sombra del Rey fundador, la del Gran Duque de Alba, la del esclarecido y por tantos títulos digno de memoria Don Juan de Austria, la del prior Fray Juan del Colmenar; pero á estas visiones de la imaginacion, á esta alucinacion fantástica, responde sólo un profundo silencio, que no interrumpe el más leve ruido, advirtiendo al observador, que reyes, príncipes, magnates, gloria, grandeza, todo pasó; y que el grande imperio español, á cuya extension parecia pequeña la inmensidad del orbe, cayó al más ligero impulso de un soplo de Dios.

Hace el lenguaje esfuerzos poderosos en los tiempos en que apenas son conocidos los primeros rudimentos de las artes, para perpetuar la memoria de los acontecimientos pasados; y en los tiempos en que florecen las artes, graban éstas, sin pensarlo y sin quererlo en sus perdurables monumentos, de una manera clara y distinta, como leccion y enseñanza á las futuras edades, las ideas de una época, las aspiraciones de una política, hasta los ensueños de los utopistas. ¡Qué páginas tan elocuentes encierran esas maravillas del arte arquitectónico, que cual poemas gigantes de granito demuestran el secreto de una larga série de generaciones! ¿Quién al mirar con los ojos del entendimiento, esas inmensas epopeyas de piedra que ostentan su grandeza desafiando la accion viva de los siglos, con la accion más poderosa todavía de su constante resistencia; ¿quién al ver elevarse hasta los cielos esas torres agudas de admirable crestería, no ve tambien postrarse ante el Dios de los ejércitos la inmensa multitud de los siglos medios con su ardiente fé, su fervorosa oracion, su ilimitada esperanza, y subir hasta el cielo el perfume de sus almas, como subian las nubes de incienso hasta el punto más alto de las bóvedas ogivales de sus magníficos templos? Época religiosa.

La Europa feudal ostenta todavía en la ruina de sus castillos, de sus fortalezas sin cuento, de los puentes levadizos que las defienden, de los subterráneos y mazmorras que las completan, la tiranía local y la guerra de comarca, especie de federacion entre los poderosos para oprimir al débil, signo visible tambien de guerra y de contienda sin tregua, con la que unas veces desposeidos, y otras poseedores, pugnaban por ensanchar el dominio, ó por reivindicarlo, cuando proclamado como ley el derecho del más fuerte, la espada ó la lanza decidian soberanamente de todos los litigios, juicios y controversias de aquella generacion; porque como dice el Rey Sabio: «Tubieron los fijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho é su lealtad por armas, que meterla á peligro de pesquisas ó de falsos testigos.» Época feudal.

Más tarde, la clase media conquista poco á poco, primero la influencia, despues la supremacía en la sociedad: casas de lonja y contratacion, atestiguan que el trabajo del hombre, ennoblecido desde la venida de Jesucristo, es tan legítimo orígen de la riqueza y del poder, como el derecho hereditario ó la conquista; que los pueblos pueden y deben tener palacios como tienen los reyes; y así como por encanto, pueblan la Europa civilizada nuevos edificios, verdaderos representantes de la renovacion social, que más tarde han de ser el pretorio de las revoluciones modernas. Época de la clase media.

Como Westminster es el compendio de la historia inglesa, así el Escorial es la historia de Felipe II. Si en el primero los sepulcros de los reyes están guardados á la sombra de las banderas gloriosas de la aristocracia inglesa, único poder de aquella privilegiada nacion; en el segundo, unos modestos y piadosos monjes, emblema de la fuerza moral que encadena la fuerza material, los ampara y protege. Si los lores y los comunes tienen su asiento, el lugar de sus discusiones y el punto de donde disparan sus rayos en aquella célebre Abadía, en el monumento de Guadarrama se hallan en uno el rey y la comunidad; los dos representantes genuinos de las fuerzas vitales que entónces gobernaban á España, que es tanto como decir gobernaban al mundo; los dos se amparaban y defendian; los dos escudaban la nacionalidad española, que ni tenia otro vínculo moral, ni determinaba su existencia otro elemento vital: la religion y la monarquía educaban al pueblo, y aunque todo no era perfecto, y aunque el fanatismo ayudó á la política, levantando cadalsos y encendiendo hogueras, con diferentes actos dignos de reprobacion, no fueron otros que aquellos dos sublimes sentimientos los que empujaron á los españoles á acometer en los tiempos modernos empresas dignas de compararse á las de los tiempos antiguos.

Pero hemos olvidado lo principal de este artículo: volvamos á las visitas que dos celebridades contemporáneas hicieron en el Escorial á un personaje vivo y á un héroe muerto. Segun todas las apariencias, segun el espíritu descreido de los tiempos que corren, de la falta de respeto con que se miran las cosas y los hombres, la idea principal del Regente y del presidente del Consejo, fué el de sacar de sus tiendas, donde retraido ó retirado cual otro Aquiles se hallaba el presidente del soberano Congreso. No es nuestro objeto hablar de esto. Por muy interesante que sea para los que se ocupan de política, no lo es para nosotros, que miramos con desden la mansedumbre ó la cólera de las príncipes revolucionarios: lo que nos conmueve é irrita, es el ver rota la piedra, abierta la fosa, y profanado por la curiosidad el cadáver del Emperador Cárlos V. Debieran las revoluciones contentarse con variar, revolver, destruir, aniquilar lo existente; modificar, mejorar, ó empeorar amargando la suerte de los vivos; pero han dado siempre en la sacrílega manía de querer traspasar los umbrales del sepulcro, penetrando en aquel misterioso mundo, á donde no ha llegado ni llegará ningun Cristóbal Colon, rompiendo el paso que cierra á los humanos las fortísimas columnas que Dios ha puesto entre la vida y la muerte. Los revolucionarios franceses, cansados de matar vivos, pretendieron en su delirio matar muertos; y fueron las tumbas de los reyes que descansaban en paz en la famosa Abadía de San Dionisio, impíamente atropelladas, y los huesos venerandos de los que vieron en vida el mundo á sus plantas, inhumanamente profanados, y sus cenizas esparcidas al viento. Tambien en nuestros dias, y en las diversas etapas que la revolucion ha recorrido, han sido removidos los huesos de los que ya fueron, llamados á juicio, por la piqueta profana del rematante de la demolicion de un templo ó de un monasterio, y envueltos en ruinas los hemos visto caminar en carros de escombros á los cementerios, todos mezclados, realizando la teoría de la más despiadada igualdad, hombres y mujeres; la riqueza, la hermosura, la miseria, el talento, la humildad, la soberbia y la ignorancia. Esta falta de respeto á las sepulturas, que hace mirar su quebrantamiento como cosa de juego y como acto indiferente, se va extendiendo por do quiera, conculcando las leyes de la moral, y hasta las más vulgares reglas de la civilizacion.

Abierta la tumba que guarda los restos mortales de Cárlos de Gante, quinto de su nombre Emperador de Alemania, I de España, apareció á los ojos de los que hoy disponen de vivos y muertos en España, el cuerpo de tan ínclito varon, íntegro é incorrupto, cual si Dios hubiera permitido guardar aquella imágen, símbolo de la monarquía española en uno de sus más brillantes períodos, para mostrarla á sus degenerados hijos tres siglos despues, en los momentos mismos en que deslustrada su venerada y brillante corona, asombro del mundo y envidia de todos los monarcas, era objeto de burla, motivo de escarnio, de desden y desprecio de los soberanos de Europa.

Los muertos no hablan: pero el silencio nunca interrumpido de las tumbas, es á veces más elocuente que la oposicion de un Parlamento. En momentos tan solemnes como en los que se presentó el Gobierno de España ánte el frio cadáver de Cárlos V, ¿quién que haya saludado la historia, quién que se entusiasme todavía con sus glorias, quién que mida con la recta vara de la justicia las acciones de los hombres; quién que preste culto al diccionario de nuestro hermoso idioma, que conserva como un depósito sagrado la verdadera significacion de las palabras, no pone en boca de aquel cadáver, al concederle Dios la palabra, el discurso más violento de oposicion, sin réplica, sin respuesta posible? Hablaba el vencedor de Pavía, el conquistador de la Italia, el victorioso en Alemania, el domador del orgullo francés, el poseedor de medio mundo civilizado, el que en la bella Granada erigió templos á la Majestad Divina, escuelas á las artes, áulas á los estudios; el que fundó su imperial Universidad, madre predilecta que venera el que firma este artículo, que puso á raya la morisma, y atajó el paso al naciente imperio de los Osmanlis; que tuvo á sus órdenes generales valientes y leales; á quien obedecia Colona, Pescara y Leyva; y tuvo por contemporáneos á Leon X y á Francisco I, y á Soliman, y conquistó á Túnez, y reinó en Alemania, y azotó con sus galeras tantas veces el Mediterráneo; y solo, sin ministros, llevaba sobre sus hombros la enorme pesadumbre de aquel vastísimo imperio? A los lectores como á nosotros se les ocurrirá, estamos seguros, no solamente los pensamientos, sino hasta las palabras que diria aquel gigante, cuyo cadáver no se puede ver sin miedo y sin admiracion; Dios sólo sabe el secreto del alma de los que sin duda, por vana curiosidad, mandaron abrir la sepultura donde yacen los restos mortales del héroe de Túnez. Pero, ¡oh, dolor! aquel monumento precioso está, por lo visto, abandonado á la merced de todo el mundo: huyeron los que lo guardaban; una tempestad los dispersó; pero respetó los sepulcros. Otra tempestad más récia amenaza arrebatar en su rápido torrente á los muertos. ¡Dios tenga misericordia de los vivos y de los muertos!

Pues qué, dirán los encomiadores de todo poder, los aduladores de todas las fortunas, los cortesanos de las estrellas que reverberan ántes de su eclipse, ¿tan raro es este ejemplar, que no presenta la historia otro semejante? No es ese sólo, contestamos; ha habido otros. Otro emperador de Alemania, de todo el Occidente más bien, está enterrado en Aix la Chapelle. Su sepulcro era suntuoso: sentado en un sitial de cuatro gradas, todo de mármol, con el águila de dos cabezas á sus piés, el mundo en su mano derecha, ciñendo sus sienes la corona carlovingia, parecia aún desde la tumba gobernar al orbe, ó dictar las capitulares á las regiones de Occidente. Uno de sus sucesores, con impío ademán, con sacrílega intencion, entró en la santa capilla con la idea de apoderarse del sitial de mármol, que deseaba poseer para su coronacion. Graves debieron ser los instantes en que se encontraron frente á frente las dos majestades, la majestad del imperio y la majestad de la muerte; titubeó Federico Barbarroja, emperador y soldado, valiente y caballero; pero llevó la mejor parte en aquel duelo; cayó en tierra el esqueleto imperial; el vivo consumó el sacrilegio; robó al muerto. Treinta y seis emperadores fueron coronados y ungidos en aquel sitial, á contar desde el mismo desposeedor hasta Fernando I que fué el último, el antepenúltimo fué Cárlos V, su hermano.

Casi en el año en que la victoria daba un nuevo césar al Occidente, cambiando el general Bonaparte su nombre por el de Napoleon I, fué este insigne guerrero á Aix la Chapelle, con ánimo decidido de visitar la tumba de Carlo Magno: el sitial ocupaba su antiguo lugar: el cuerpo del héroe estaba guardado en los armarios de la capilla; como reliquias de un santo se daban á besar sus huesos á los piadosos alemanes. Sin embargo, el marmóreo asiento; las cuatro gradas rayadas por el pié de treinta y seis césares; la tumba donde habian estado los restos del glorioso fundador de tan colosal imperio, eran todos objetos dignos de llamar la atencion, hablando al alma del nuevo conquistador, que tambien era guerrero y legislador. Napoleon, queriendo dar una visible muestra de respeto á aquel héroe, se habia vestido de gran uniforme, y abismado en sus reflexiones, con los ojos fijos en el sitial, reverente, inmóvil, silencioso y con la cabeza descubierta, permaneció largo espacio.

Diez años despues, los reyes de Europa aliados contra Napoleon, que cayó de su trono mil años despues, contados dia por dia desde la muerte de Carlo Magno, fueron á honrar su memoria al pasar por Aix la Chapelle. Vestia tambien de gala el emperador de Rusia; de media gala el rey de Prusia, y de paisano el emperador de Austria. Los dos emperadores guardaron un profundo y respetuoso silencio; su recogimiento grande, su continente severo: sólo Federico Guillermo se atrevió á subir las dos primeras gradas del sitial, y pidió al decano del cabildo, que los acompañaba, le explicase las ceremonias de la coronacion de los emperadores de Alemania. ¡Coincidencia sin igual! era este ademan, era esta curiosidad un presentimiento? ¿Podia sospechar el rey de la Prusia del año 14, tan trabajada y abatida por Napoleon I, que su hijo, tambien Federico Guillermo, habia en el año de 70 de acampar con numerosas huestes victoriosas á las puertas de Paris, vengando en Napoleon III las ofensas inferidas por Napoleon I, y haciendo escalon de sus victorias para recibir la corona del imperio Germánico en el famoso sillon de Carlo Magno?

Si la visita que han hecho al emperador Cárlos V los dos más caracterizados personajes de la época actual, despues de haber conferenciado con el presidente de las Córtes, no ha guardado la misma mesura y la misma dignidad que guardaron á la vista del sillon de Carlo Magno los emperadores y reyes de Europa, puede esto graduarse de descortesía, y áun de profanacion; y bueno será que de aquí en adelante aprendan los hoy prepotentes en España, á dejar en paz á los muertos y á venerar á los héroes.

ANTONIO BENAVIDES.

LOS GENERALES

IZQUIERDO, ALAMINOS Y PERALTA.

Entre los militares que más han contribuido á la revolucion de Setiembre, figuran los tres cuyos retratos publicamos en la primera plana, no tanto por su carácter político, como por haber sido los jefes de la revista militar verificada el dia 9.

Con efecto, el general Izquierdo es el capitan general de Castilla la nueva; el general Alaminos el jefe de la primera division, y el general Peralta el gobernador militar de Madrid.

Los tres figuraron dignamente en la magnífica parada de que damos cuenta en otro lugar; y para que acompañen á los retratos, vamos á apuntar algunos datos biográficos de tan distinguidos militares.

Don Rafael Izquierdo secundó en Sevilla el movimiento iniciado en Cádiz, y entónces, segun confesion propia, nació á la vida política. Tomó una parte muy activa en la batalla de Alcolea, y obtuvo, como recompensa de sus méritos, el grado de teniente general.

Nombrado diputado constituyente, ha tomado parte en las discusiones de la Asamblea, y se ha distinguido por sus escritos en algunos de los periódicos de Madrid.

Para nadie es un secreto que apadrina con verdadero entusiasmo la candidatura del duque de Montpensier.

Es además un militar valiente, entendido y enérgico.

El general Alaminos se adhirió tambien al programa revolucionario, y ha prestado importantes servicios al gobierno actual. Es uno de los más distinguidos jefes del ejército español, haciéndose notar tambien por su claro talento y la distincion de su trato.

El general Peralta, identificado desde hace mucho tiempo con las ideas liberales, contribuyó asimismo al triunfo de la revolucion, y cuando la insurreccion republicana de Cádiz, desempeñaba las funciones de gobernador militar en dicha plaza.

Herido de gravedad, vino á Madrid á restablecerse, y el ministerio utilizó sus servicios confiándole el gobierno militar de Madrid.

Los tres generales son demasiado conocidos para que necesitemos añadir nuevos datos á los que á la ligera acabamos de apuntar.

En la última revista demostraron una vez más su pericia, logrando que las fuerzas se presentasen de un modo admirable y ejecutasen el desfile con una precision digna de los mayores elogios.

REVISTA MILITAR

DE 9 DE OCTUBRE DE 1870.

La revista militar que se celebró en Madrid el domingo 9 del corriente, fué brillantísima y llamó, como no podia ménos de suceder, la atencion no sólo de los inteligentes, sino de todo el público que asistió lleno de curiosidad á presenciar aquel solemne acto.

Desde las primeras horas de la mañana corrian de un lado á otro los oficiales de Estado Mayor, y á las once salian de los cuarteles las fuerzas de la guarnicion y de los cantones, y formaban los voluntarios de la libertad, que debian contribuir á dar realce á la magnífica parada.

A la una en punto estaban todas las fuerzas formadas, extendiéndose la línea que ocupaban desde la Fuente Castellana hasta el camino de Vallecas. S. A. el Regente del Reino, acompañado del presidente del Consejo de Ministros y de un brillantísimo Estado Mayor, recorrieron la línea. Las tropas le hicieron los honores de ordenanza, y al terminarse la revista, comenzó el desfile. Nuestro grabado representa el magnífico golpe de vista que ofrecian las tropas durante esta operacion á la subida por la hermosa calle de Alcalá. Asistieron á la revista 25.000 hombres de ejército y 15.000 voluntarios de la libertad.

Un buen dia de otoño proporcionó ocasion á casi todo el pueblo de Madrid de asistir á esta gran fiesta militar. El Estado Mayor, y á su cabeza el Regente y el general Prim, presenciaron el desfile desde la entrada de la calle de las Torres.

Esta exhibicion de una parte de las fuerzas del ejército y milicia pone de manifiesto el buen estado de disciplina en que se hallan.

EL SALVAVIDAS DE MR. PERRY.

Muchos son los aparatos salvavidas que de algun tiempo á esta parte vienen adoptándose en las costas de los Estados Unidos para prestar auxilio á los náufragos. Entre ellos merece especial mencion el que por haber sido aprobado ya casi oficialmente, ofrecemos á nuestros lectores en el grabado de la pág. 376.

Débese este invento, digno hoy más que nunca de los mayores elogios, por la humanitaria idea que le ha inspirado, al conocido mecánico de Nueva-Yorck, Mr. Eduardo Perry. Compónese este salvavidas de dos cilindros de *Cautchú* unidos trasversalmente por piezas de madera que sirven de asientos á los tripulantes, que merced á esta sencilla combinacion, pueden maniobrar áun en medio de la más borrascosa tormenta; pues el nuevo salvavidas, en último resultado, no es más que una balsa modificada.

ESCENAS DEL CAMPAMENTO.

LA GUARDIA MÓVIL FRANCESA.

En medio de las grandes desgracias que pesan sobre la Francia, la guardia móvil ha logrado distinguirse repetidas veces y granjearse el aprecio, no sólo de sus compatriotas, sino de los extranjeros.

Y sin embargo, esos soldados improvisados figuraban ántes de la guerra en las distintas clases de la sociedad, reuniendo el deber de salvar á la patria, al pobre y al rico, al propietario y al menestral, al artista y al artesano.

Si en los momentos del combate prueban los móviles que el amor de la patria late en sus venas, en las horas de descanso no pueden ménos de recordar la alegría francesa, el buen humor; y el grabado que reproducimos ofrece un episodio de campamento bastante característico.

Los soldados, en un período de descanso, improvisan un festin al aire libre, y confiados en que su esfuerzo librará á Francia de los invasores, se entregan á la alegría que produce un estómago satisfecho.

No es muy edificante el episodio; pero es gráfico, y por eso lo reproducimos.

NAUFRAGIO DEL BERGANTIN «EL NACIONAL.»

Los periódicos anunciaron no há mucho una gran catástrofe ocurrida en el mar. Hé aquí los pormenores de este triste suceso:

El Nacional salió de la Aguadilla, Puerto-Rico, el 18 de Agosto último, con rumbo á Barcelona, cargado de algodon y café, llevando una tripulacion de nueve hombres y un muchacho de cámara, además del capitan.

El 29 de Agostó estalló un temporal, y el buque se vió de repente envuelto en un remolino ahuracanado.

El capitan Berdaguer y la tripulacion hicieron heróicos esfuerzos para salvar el buque; pero todo fué inútil. El viento se habia desencadenado, y montañas de agua pasaban en rápida sucesion sobre la cubierta, arrastrando tras sí dos de los tripulantes. Los elementos parecian haberse conjurado todos á la vez, y *El Nacional*, á pesar de su sólida construccion, no pudo resistir tantos y tan furiosos embates. La tripulacion oyó un estampido semejante al de cien cañonazos disparados á la vez: el buque se habia hecho pedazos, repartido el

El capitan, siete hombres y el muchacho, se encontraron flotando en el mar sobre un casco del buque. Esto sucedia en la tarde del 29 de Agosto, á muchas millas de la costa. En tan crítica situacion permanecieron durante cinco dias, sin comer ni beber, expuestos á los ardientes rayos del sol y bañados á menudo por las olas.

¡Uno tras otro, cayeron seis al mar, muertos de hambre y sed!

A los cinco dias de tan amarga agonía, la barca americana *Gazela*, capitan Black, llegó providencialmente en auxilio de los tres que estaban á punto de perecer.

Los marineros americanos no perdonaron medios ni cuidados para volver á la vida y consolar á los desfallecidos náufragos.

La *Gazela*, barca mercante de los Estados Unidos, recogió á los náufragos el dia 3 de Setiembre á los 20° 10′ latitud Norte y 67° 17′ longitud, y á los pocos dias llegó con ellos á Nueva-Yorck.

Nuestro grabado representa á los tres náufragos, el piloto Pablo Alsina y los marineros Agustin Ubiol y Joaquin Perez, guarecidos en un pedazo del casco del



ROMA.—PATIO DE LA CARTUJA.

que en el momento en que los tripulantes de la *Ga-* acuden á socorrerlos.

PATIO DE LA CARTUJA EN ROMA.

En medio de las ruidosas manifestaciones del entusiasmo público que tienen lugar en Roma á cada instante, con motivo de los últimos acontecimientos; en medio de tanta expansion, repetimos, contrasta singularmente, hoy más que nunca, la religiosa indiferencia con que comunidades como la de los cartujos escuchan las mil aclamaciones del ejército victorioso, que el eco lleva hasta sus apartados cláustros. En el grabado de esta página ofrecemos á nuestros lectores una prueba más de la vida austera que caracteriza á esos monjes, que ante la nueva era que acaba de inaugurarse en la capital del orbe católico, siguen entregados á sus meditaciones, esclavos siempre de la rigorosa disciplina de la Orden á que pertenecen.

En los cláustros del convento á que nos referimos es han admirado hasta hace poco los objetos artísticos religiosos de la exposicion que ha tenido lugar en la Ciudad Eterna, con motivo de la celebracion del Concilio ecuménico.

Hoy, permanecer silenciosos en medio del ruido y la serenidad que preside á todos los actos de su vida,

contrasta en Roma con la algazara y la alegría de los nuevos dominadores de la Ciudad Eterna.

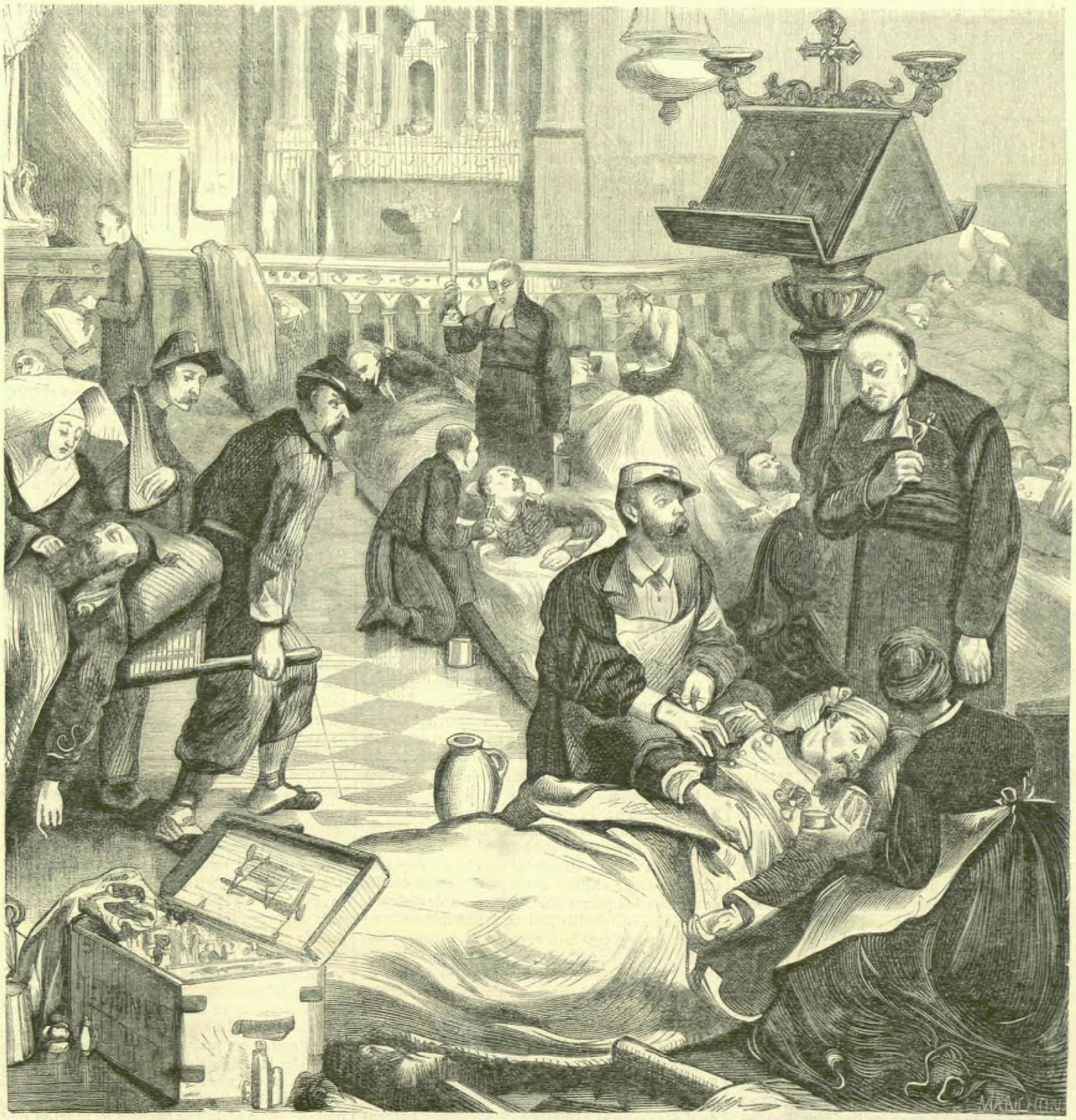
LA CAZA DEL OSO EN CALIFORNIA.

Entre las manifestaciones peculiares del carácter aventurero que distingue á los hijos de California, de ese país en donde la caza constituye un verdadero ramo de riqueza; entre sus más características expansiones, repetimos, merece especial mencion la *caza del oso gris*, que bien puede considerarse como la diversion favorita de las clases acomodadas.

Nada más curioso ni más arriesgado tampoco que la caza del oso gris hecha por medio de simples lazos de cuero, que á toda la carrera de sus adiestrados caballos arrojan los cazadores sobre el hambriento animal en el momento mismo en que los acomete.

Otra vez dejan de alcanzarle, y bastan dos ó tres lazos para sujetarlo y lograr por medio de estratagemas, ó mejor dicho, de un verdadero juego de *tira* y *afloja*, atarlo al tronco de un árbol, en donde sirve de blanco á sus tiros. Otras veces, y son las más frecuentes, suelen atarlo á un carro, é improvisando sobre él una jaula de madera, regresan á la ciudad con tan terrible presa.

El grabado que publicamos da una idea exacta de este arriesgado ejercicio.



LA GUERRA.—SEDAN, iglesia (la Colegiata) convertida en hospital.

IGLESIA DE SEDAN

CONVERTIDA EN HOSPITAL.

Al dia siguiente de la capitulacion de Sedan, ofrecia la colegiata de esta villa el triste cuadro que reproduce nuestro grabado de la pág. 373. Convertido el templo en ambulancia, en él recibian los auxilios de la ciencia y los consuelos espirituales los heridos franceses y prusianos. Las hermanas de la caridad, los eclesiásticos, los físicos y los practicantes, hacian lo posible por aliviar la suerte de aquellos desgraciados.

EL REFUGIO DE LAS LETRAS.

I.

Desde que San Juan de Dios inventó, á fines del siglo XV, los cuerpos colegiados de la desgracia, no ha habido humana desdicha que deje de obtener, más ó menos pronto, un asilo ó refugio de caridad. Siempre que una nueva plaga ha amenazado á los hombres, los hombres mismos se apresuraban á crear un refugio para ella, llevados del cristiano principio de que la fortuna es varia, y puede conducir un dia desde el banco del fundador al lecho del asilado.

Las buenas letras, como las bellas artes, como las gayas ciencias, obtuvieron desde entónces asilos ú hospitales para su refugio. Al principio llamáronse Academias, ó cosa parecida, y eran costeados por los reyes; despues se llamaron Ateneos, ó cosa semejante, y eran costeados por el público. En los primeros, las camas eran contadas, y por consiguiente el ingreso era privilegiado: en los segundos, las camas eran libres, y por lo mismo quien podia obtener el privilegio era la asociacion.

El gran poeta duque de Rivas, con haber pertenecido á casi todas las Academias reales de su época, describia de este modo unos y otros refugios del saber: —«El producto de aquellos (decia aludiendo á las Academias) fueron flores cultivadas con esmero en las cerradas estufas de un régio jardin, donde halagaban el olfato y la vista de los cortesanos; el producto de éstos (aludiendo á los Ateneos) han sido plantas lozanas y jugosas criadas al aire libre en los bosques de la naturaleza, más que para recreo, para utilidad de los hombres.»

Efectivamente: en Madrid existe un refugio de las letras, que más que para recreo, ha servido y sirve para utilidad de los hombres. —Subid por la calle de la Montera, y en un caseron destartalado, frente á la iglesia de San Luis, en el piso principal, á donde se entra sin más que empujar una mampara y saludar al conserje, encontrareis unas galerías y salones de aspecto humilde y plácida tranquilidad, como deben poseerlos las casas de convalecencia. Estantes con libros en las paredes, denotando que ha de leerse mucho; numerosos aparatos de iluminacion, advirtiendo que la noche es la hora favorita; butacas y divanes viejos, pero cómodos, manifestando que allí se hace la vida sedentaria; periódicos por do quiera, libros que tapizan todas las paredes, escribanías que ocupan el centro de todas las mesas, papel blanco en las manos de los servidores, escaleras sobre los muros para alcanzar legajos empolvados ó añejas crónicas, todo indica que en aquel lugar se lee, se escribe y se piensa. En vano el viajero, á quien se abren las puertas con sólo desearlo, busca allí la sala de billar, el gabinete del tresillo ó del ajedrez, la cocina en que se guisa ó la ruleta en que se juega: allí no hay nada de casino, nada de club, nada de divertimiento al uso de las asociaciones modernas; allí no se juega más que al vocablo, no se come ni se bebe más que instruccion, no se lucha más que en la polémica del ingenio. Aquel es un gimnasio de la palabra, un tiro de la idea, un palenque de juicios de los hombres: aquel es el ATENEO DE MADRID.

¡Pobre viejo! Acaba de cumplir por estos dias cincuenta años. Nació en 1.º de Junio de 1820. Oigamos el propósito de sus fundadores:

«Sin ilustracion pública (decian) no hay verdadera libertad: de aquella dependen principalmente la consolidacion y progresos del sistema constitucional y la fiel observancia de las nuevas instituciones. Penetrados de estas verdades varios ciudadanos celosos del bien de su patria, apenas vieron felizmente restablecida la Constitucion de la monarquía española, se propusieron formar una sociedad patriótica y literaria, con el fin de comunicarse mútuamente sus ideas, consagrarse al estudio de las ciencias exactas, morales y políticas, y contribuir, en cuanto estuviese á su alcance, á propagar las luces entre sus conciudadanos.»

Esto decian, en los albores de la regeneracion de España, Pons, Heceta, Lagasca, Foronda, Calderon de la Barca, Castaños, Luzuriaga, Surrá, Palarea, Flores Calderon, Lasagra, Onis, Palafox, Vallejo, Alcalá Galiano, Ferraz, duque de Frias, y hasta otros noventa y dos personajes ilustres en las ciencias, en las artes ó en la política, al inaugurar con entusiasmo patriótico el primitivo círculo á que llamaban *Ateneo Español*.

Recibióse en Madrid la nueva institucion con beneplácito de las gentes ilustradas, y con especial deferencia del gobierno. Éste, al ver los asiduos trabajos de sus secciones sobre materias científicas no cultivadas hasta la fecha, encargó al Ateneo varias consultas importantes, y entre ellas un proyecto de Código penal, que corre impreso, con otras apreciables obras de los ateneistas, en un volúmen últimamente descubierto en la biblioteca del Real Palacio. Los nombres más ilustres de aquel tiempo, se hallan unidos á las civilizadoras tareas del Ateneo Español, en los escasos restos que nos quedan de su fecunda cuanto breve existencia.

En efecto, el período histórico conocido en España bajo la denominacion del 20 al 23, fué demasiado corto y terminó en forma harto desdichada, para que pudieran quedarnos muchos restos materiales de su obra de libertad. Los que al cerrarlo con bayonetas extranjeras cerraban tambien las universidades para abrir escuelas de toreo, no se descuidarían (demás está el decirlo) en perseguir de muerte al Ateneo Español y á sus liberales fundadores y asociados, cuyas doctrinas quedan consignadas en el trozo que copiamos de su Reglamento. Persiguiósele, pues, con implacable saña, como á feroces enemigos de la feliz barbárie en que nuestro país vivia, y como á yerbas dañosas nacidas en un instante de abandono sobre el tranquilo campo de la ignorancia.—Un sócio valeroso entre los más, y entusiasta sin duda como ninguno, don Pablo Cabrero, pudo esconder como restos sagrados, en su casa-palacio de la Platería de Martinez, los pobres muebles y embrollados papelotes de la conturbada Sociedad, que se deshizo en cárceles, destierros y emigraciones.

El Ateneo Español muere con la libertad de 1823; pero no muere como los muertos: muere como el Guadiana, absorbido por la mancha del absolutismo ignorante, y como el Guadiana deja ver sus ojos en un oasis de humilde apariencia, aunque de poderosa y sábia organizacion. La *Sociedad Económica Matritense*, que sin duda no se habia hecho sospechosa ante el vulgo de los gobernantes, recoge la herencia del Ateneo y la coloca á buena cuenta en sus cajas; acumulando interés y capital, con insistencia loable, hasta que nueva era de progreso se abre sobre la cuna de la niña llamada al trono.

Lo primero que intentan los reformadores de 1834, auxiliados para todas las empresas útiles por la Gobernadora del reino, es restablecer el antiguo Ateneo, desmembrándolo de la Sociedad Económica, cuyos estatutos, aunque civilizadores, no concuerdan con los de aquél; y los pobres libros y muebles de Cabrero, que tras largo escondite vuelven á poder de sus primitivos dueños, constituyen, con el Reglamento y Estatutos entónces acordados, la base del que ahora se llama Ateneo de Madrid.

Olózaga se pone á la cabeza de este movimiento. Secúndanle los viejos del año 20, aumentados con nombres como el del duque de Rivas, Donoso Cortés, Breton de los Herreros, Vega, Caballero, Vazquez Queipo, Mesonero Romanos, Espronceda, duque de Gor, Argüelles, Gil y Zárate, Martinez de la Rosa, etcétera, etc. La reina Cristina concede local del Estado al Ateneo en el convento de Santo Tomás, por considerarlo institucion digna de los estímulos y auxilios del poder público. El infante don Francisco de Paula y sus hijos, los príncipes don Francisco de Asís y don Enrique, son inscritos en las listas de sócios, con objeto (decia el infante) de que «todos tres participen de la enseñanza de este cuerpo y de la ilustracion de sus individuos.» En una palabra, el Ateneo renace de sus cenizas, con empuje suficiente para no perecer jamás.

Desde el 6 de Diciembre de 1835 en que se verifica la inauguracion oficial con 309 sócios, bajo la presidencia del duque de Rivas, hasta igual época de 1845 en que comienza el esplendor ruidoso de la Sociedad, el Ateneo ejerce un trabajo de elaboracion en su seno mismo y en el de la poblacion ilustrada de la córte, comparable en su fondo, aunque en forma opuesto, al trabajo literario de los benedictinos.

Allí se refugian, durante el conturbado decenio de nuestra revolucion política, los hombres que aspiran al poder ó los que han bajado de su cumbre; y de esta mezcla de posiciones y de este continuo embate de inteligencias, brota un caudal de instruccion y de entusiasmo que produce el gran período de 1846 en adelante.

II.

Efectivamente: el Ateneo acababa de salir de su edad-media y entraba en pleno renacimiento literario. Él, que habia nacido á la sombra de la libertad, como todas las bellas instituciones, no gozaba de esplendor sino desde que la libertad se habia moderado; porque es ley comun de los pueblos que nunca se goce de verdadera libertad, durante las épocas en que esta hermosa palabra anda en boca de todo el mundo.

La calle de la Montera se hallaba obstruida de hombres desde las siete de la noche: el público ansiaba ganar la escalerilla del patio, para invadir el local destinado á los oyentes gratuitos. Los numerarios eran reconocidos en la portería de la Sociedad, para precaver intrusiones que por toda clase de gentes se intentaban. ¿Qué espectáculo iba á gozarse allí? ¿Qué actores iban á representar? ¿Qué dramas iban á desarrollarse ante los ávidos espectadores?

En un tabladillo de madera, cercado por cortinas de lana pintada y cubierto con un doselete de lo mismo, festoneado de chapas de laton; ante una mesa con tapete encarnado y entre dos candelabros que parecerian de bronce cuando nuevos, una cabeza de vejete, arrugada y caida sobre su hombro izquierdo, temblorosa y perlática al modo de muñeco de goma, torcida de facciones y no muy derecha de mirada, producia, con sólo su aparicion, los aplausos entusiastas de la concurrencia.—Era Galiano.

Nadie sabia lo que iba á tratarse aquella noche. Podia ser de la civilizacion española del siglo XVIII; podia ser de la revolucion de Inglaterra; podia ser del tema filosófico ó literario que las secciones estaban controvertiendo: podia ser de cualquiera cosa.—Al decir Galiano «señores,» parecia que saltaba el tapon de la elocuencia: un primer período, familiar, grotesco en ocasiones, pulido y literario siempre, denotaba que el célebre orador lo traía aprendido de memoria. El público saboreaba las bellas frases del comienzo, como se saborean ántes de comer los aperitivos que bordan la mesa de un festin.

Galiano entraba en materia; pero ¿cómo?—Cuatro frases soltadas á media voz, con la indiferencia del que murmura la oracion que todos tienen en el olvido, recordaban al público la última conferencia que en la noche presente debia continuarse. Tambien este período podia estar aprendido de memoria, segun la sobriedad de su composicion y la tersura de su discurso. Mas al paso que la materia avanzaba por los confines del resúmen, la lucidez se iba haciendo trasparente, el donaire bordaba las puntas del período, la erudicion cundia como manantial que se derrama de su concha; un paréntesis amenísimo apartaba por momentos la imaginacion del fondo del asunto, para más aclarar su esencia, y desde allí otro paréntesis anecdótico atraia la sonrisa del auditor refrescando su núnen: nuevo paréntesis asomaba en aquel ya confuso torbellino de frases puras, de oraciones modelo de gramática, de trozos cervantinos escapados al calor de un alma de fuego, hasta el punto de que los oyentes se considerasen perdidos en el fogoso enredo del orador; pero Galiano, que sabia de memoria todos sus discursos, porque sabia de memoria la ciencia, el arte, la literatura, la historia, la leyenda; griegos y latinos, ingleses y alemanes, franceses é italianos; que tenia en la memoria la ortografía de la palabra y la sintáxis de la oracion, él no se habia extraviado en aquel laberinto de gracias, sino que cogiendo aquí y

allá flores de bello matiz, ramas de penetrante aroma, hilos dorados de poderosa fuerza, habia compuesto un ramo con mágia singular á la vista del público, y lo ofrecia en aquel momento como producto fortuito de su elocuencia incomparable.

Eran los dias de Galiano, deciamos, pero eran tambien dias aquellos de otros oradores eminentes.

Interpoladas con las fantásticas oraciones del antiguo tribuno de la *Fontana de Oro*, y algunas, aunque pocas, del no ménos fogoso adalid parlamentario á quien se llegó á llamar Lopez *el divino*, oianse en aquel ilustre salon las sábias y más tranquilas conferencias de Pacheco, Donoso Cortés y Pastor Diaz. La palabra reposada y tersa del primero, los arranques titánicos del segundo, la novedad de las teorías del último, llevaban al ánimo de la juventud, con encanto singular, el conocimiento de los derechos políticos y sociales, el curso de la filosofía á través de las máximas modernas, el amor al estudio de la jurisprudencia y de la administracion patrias.

Todos estos han muerto, por desdicha; pero ni su ciencia, ni su oratoria, ni su fantasia, han desaparecido del modesto sitial en que asombraban, instruian y recreaban al público. Tambien hoy, es decir, en esta última época, se ha aglomerado el concurso en el patio y en los pasillos del Ateneo, para oir á Mata, el médico filósofo, el científico poeta, cuya palabra galana y fácil conseguia retener el interés del auditorio, áun sobre los más prosáicos asuntos; á Sanchez, el sacerdote polemista, modesto en la vida privada, y arrogante retador en el palenque público, cuya dialéctica inflexible, sembrada de causticidad y de brio, sale constantemente á la defensa de los intereses católicos; á Echegaray, demasiado poeta para la ciencia y demasiado científico para la poesía, pero poeta y profesor consumado, cuyos resortes oratorios le conducen hasta persuadir y ser aplaudido en el terreno del absurdo; á Moret, el jóven economista de elegante porte y pasmosa precocidad, que retratando á Pitt parece que se retrata, y cuyo tono, tal vez demasiado caliente, eleva las cuestiones desde el primer instante por encima de su aspecto dulce, gracias á la potencia de su entendimiento; á Fernandez Jimenez, el jóven diplomático de Roma, rayo de palabra, sol de lucidez, tormenta de imaginacion, que en galanos conceptos embellece las discusiones áridas, los temas materiales y prosáicos, cuya ciencia múltiple adquiere novedad á cada momento con la interpretacion siempre original y aguda de su generalizador discurso; á Moreno Nieto, el profesor no importa de qué, de filosofía ó de lenguas, de religion ó de historia natural, torrente de ideas que se atropella con el amontonamiento de palabras, orador castizo y de correccion desesperante, á quien se ha supuesto que sabe de memoria lo que dice, porque como Galiano sabe de memoria los libros antiguos y los modernos, lo que se ha pensado y se piensa en el mundo intelectual de los pueblos sábios; á Rodriguez, el orador matemático, ecuacion viva de las ideas, que reduciendo las letras á números, queda siempre incontestable en la suma exacta de sus períodos, polemista que acomete para defenderse y que hiere con cortesía, machuca con gracia y mata con noble muerte; á Emilio Castelar, en fin (que ha conquistado el derecho de hacer una sola frase con su nombre y apellido), Galiano de la palabra, Pacheco del pensamiento, Pastor de la fantasía, Donoso de la intencion, príncipe reinante de la elocuencia moderna, quizá extraviado en su ideal, quizá peligroso en su marcha, quizá sofista á sabiendas en sus muy nobles, aunque locos deseos, pero potente, maravillosa, incomparable organizacion de tribuno con que España puede mostrarse envanecida;—todos estos, deciamos, y otros que no se nos vienen por el momento á la memoria, áun cuando lo merezcan tanto como los dichos, todos ellos han sabido sostener en la época presente el lustre del Ateneo de Madrid, y continuarán, sin duda, sosteniéndolo en adelante.

Porque el Ateneo es la escuela, mejor dicho, la academia libre del pensamiento y de su manifestacion; allí se incuban las ideas y allí se vierten; allí están el manantial y el rio; allí están los granos de oro y el cuño de la moneda. Del Ateneo puede decirse lo que del Archivo de la Corona de Aragon decia el eminente Bofarull: «El que no ha pasado por esta casa no sabe historia.»

III.

El Ateneo de Madrid posee una de las mejores bibliotecas particulares de España. Los diez mil volúmenes que pueblan sus armarios, son riquísimos en ciencias filosóficas y filológicas, en obras ilustradas y en revistas. Estas últimas, sobre todo, constituyen una coleccion inapreciable. Hoy se da la postrera mano á un catálogo científico de los libros del Ateneo, y se proyecta el índice de los artículos de las revistas: en cuanto esto se termine, no podrá emprenderse obra alguna moderna sin recurrir á aquel arsenal del ingenio contemporáneo.

Tres mil sesenta y siete miembros han sido hasta ahora inscritos en la asociacion, y de ellos forman la presente cuatrocientos treinta y tres de pago, y como cuarenta ó cincuenta de honor, ó sea exentos de cuota. Porque el Ateneo, segun sus antiguos Estatutos, releva de cotizacion mensual á los sócios que han ocupado sus cátedras; y asimismo, por disposicion novísima, á los pintores que retratan sus celebridades. Esta última idea ha proporcionado á la Sociedad el concurso y amalgama del elemento artístico, que sólo por analogía entraba, y rara vez, en su seno. Hoy los jóvenes pintores que regeneran el bello arte de nuestra patria, ejercen su pincel perpetuando las figuras de los que fueron presidentes ó miembros notables del Ateneo, con gloria para sí y regocijo para las ciencias y las letras; pues ya penden de las paredes de la casa los retratos del duque de Bailen, marqués de Valdegamas, Pacheco, Martinez de la Rosa, duque de Gor, marqués de Pidal, Mendez Nuñez, Posada Herrera, Gallardo y Mesonero, pintados por Dióscoro Puebla, German Hernandez, Mélida, Maureta, Mendoza, Fierros, Suarez Llanos y Casado; y dentro de poco lucirán tambien obras de Gisbert, Rosales, Diaz Carreño, y de cuantos con entusiasmo y gloria se dedican al noble arte de la pintura.

Preside en la actualidad el Ateneo don Antonio Cánovas del Castillo, jóven que honra á la juventud contemporánea; y lo han presidido por órden de ascension, don Laureano Figuerola, don José de Posada Herrera, don Juan Donoso Cortés, don Antonio Alcalá Galiano, don Pedro José Pidal, don Joaquin Francisco Pacheco, el duque de Gor, don Francisco Martinez de la Rosa, el duque de Rivas, don Salustiano Olózaga, y el general Castaños, que fué, como ya hemos dicho, presidente del antiguo Ateneo Español.

Sobre la calidad de los sócios bastará decir, que habiendo negociado este año, con patriótico acierto, nuestro ministro en Lisboa el canje de libros originales contemporáneos españoles y portugueses, el Ateneo ha podido remitir de solos sus individuos (y no todos ciertamente) setenta y tres obras diversas sobre asuntos científicos y literarios; y áun podria añadirse tambien, como dato de calidad, que sea cualquiera el gobierno que mande, la mitad de los ministros, por lo ménos, son ateneistas.

Hay, pues, dentro de esta casa una atmósfera especial de desden hácia todo lo grande humano, que nadie, á no respirarla por sí mismo, pudiera comprenderla. Sólo meditando en el colegio de Cardenales, donde cada uno puede ser Papa, y todos son príncipes de la Iglesia, se viene en conocimiento del trato íntimo de esta Sociedad, donde nadie admira á nadie, nadie teme á nadie, y nadie espera de nadie. Bajan por aquella escalera los futuros ministros á jurar en manos del monarca su ascension al poder, sin que por esto el conserje les incline más la cabeza á la salida que los dias precedentes; y cuando vuelven á subirla, nadie les pregunta tampoco dónde han estado. Tiénese por de mal tono dirigirles recomendaciones ni memoriales; si alguna vez (rarísimas) se dignan pisar la casa, hay lujo de no atenderlos ni distinguirlos; y suele suceder que si indiscretamente se deslizan en un aposento, oigan su desapiadada anatomía, escalpelada con lenguas más agudas y de mejor temple que los bisturís del Colegio de San Cárlos.

El Ateneo es una casa de oposicion. ¿Pues no ha de serlo? En el Ateneo reside la ciencia y la experiencia, el conocimiento del mundo y el conocimiento de los hombres. El Ateneo es, con relacion al teatro de la vida social, una compañía de actores sin ajuste: al que se ajusta se le muerde. Por eso quizá concurren poco los sócios que están ajustados. Pero ¡cuando vuelven, qué humildad la de sus rostros, qué sencillez la de su apostura, qué compañerismo el de su trato, ya vulgar y pedestre! Á las veinticuatro horas de caer, forman ya coro con los murmuradores.

En cambio el Ateneo no es casa de malicia, y mucho ménos de conspiracion como algunos sándios la suponen. Jamás en medio siglo ha partido de allí reyerta alguna pública ni privada que pueda comprometer la tranquilidad ni los intereses de nadie. Palenque de controversia al aire libre, ningun gobierno puede jactarse de haber sido alabado; pero ningun Gobierno podria justificar el que se le haya sido faccioso. Sala de armas de caballeros, cada individuo tiene su florete; pero todos los floretes tienen boton.

Cúlpase asimismo con ignorancia completa á esta Sociedad, de ser centro retrógrado y doctrinario. ¡Retrógrado el Ateneo, que ha producido la escuela economista y dotado á las masas inconscientes de nuestro país de sus únicos miembros distinguidos! ¡Retrógrado el Ateneo, que ha abierto sus salones para que expliquen democracia á Rivero, Castelar, Moret, Echegaray, y todos los de su escuela! ¡Retrógrado el Ateneo, que nació con la libertad, padeció por la libertad, renació con la libertad, y fué en 1852 el único baluarte de la patria donde se enarboló la bandera del sistema representativo contra los partidarios de la reforma!

Lo que ha sido siempre el Ateneo, políticamente considerado, es fiel á su orígen y á las sábias ideas de sus liberales fundadores. Los patriarcas de 1820, encareciendo la instruccion á que iban á dedicarse, decian en los Estatutos del establecimiento:—«¿Qué libertad puede disfrutar el ignorante, siempre á discrecion del primer charlatan que se le acerca?»

Y añadian despues con profético tono hace cincuenta años:—«Acaso se ve aquí el gérmen de un establecimiento que creado por nuestro puro patriotismo, y desarrollado por nuestra vigilancia esmerada y continuos cuidados, podrá algun dia aparecer en todo su vigor, y presentar á la faz de Europa entera el árbol majestuoso de las ciencias y de las artes, á cuya sombra benéfica descanse tranquila la libertad de la patria. Tal vez anhelarán por venir á disfrutar el áura pura y virginal que bajo esta casa se respire, los desgraciados de ambos mundos.»

Sí: esto es lo que hace el Ateneo: regar incesantemente el árbol majestuoso de las ciencias y de las artes, á cuya sola sombra puede descansar algun dia tranquila la libertad de la patria. El Ateneo abre sus puertas á todas las opiniones honradas, sus cátedras á todas las doctrinas cultas, sus fondos á todas las adquisiciones civilizadoras. El que quiera estudiar la libertad, apenas encontrará libros en Madrid como no vaya á la biblioteca del Ateneo. El que quiera conocer los peligros de la libertad, apenas encontrará en Madrid bocas que se los expliquen como no vaya á su salon de discusiones y de tertulia. El Ateneo no es retrógrado ni puede serlo nunca; el Ateneo es un ateneo.

Si hay épocas desdichadas en que con el nombre de libertad, y á la sombra de un árbol podrido, se santifica el espíritu de insurreccion, se enaltece la ignorancia y se persigue al mérito, se conceden derechos á la chaqueta indocta y se le merman á la levita civilizada, se atropella todo lo noble y se saca á la superficie todo lo fangoso, se condena al hambre la moral y la instruccion y se tienden los manteles del festín para la ignorancia y el vicio; si hay épocas, decimos, tan desdichadas como esas, el Ateneo saca el libro de sus patriarcas de 1820, y dice:—«¡Qué libertad puede gozar el ignorante, siempre á discrecion del primer charlatan que se le acerca!»

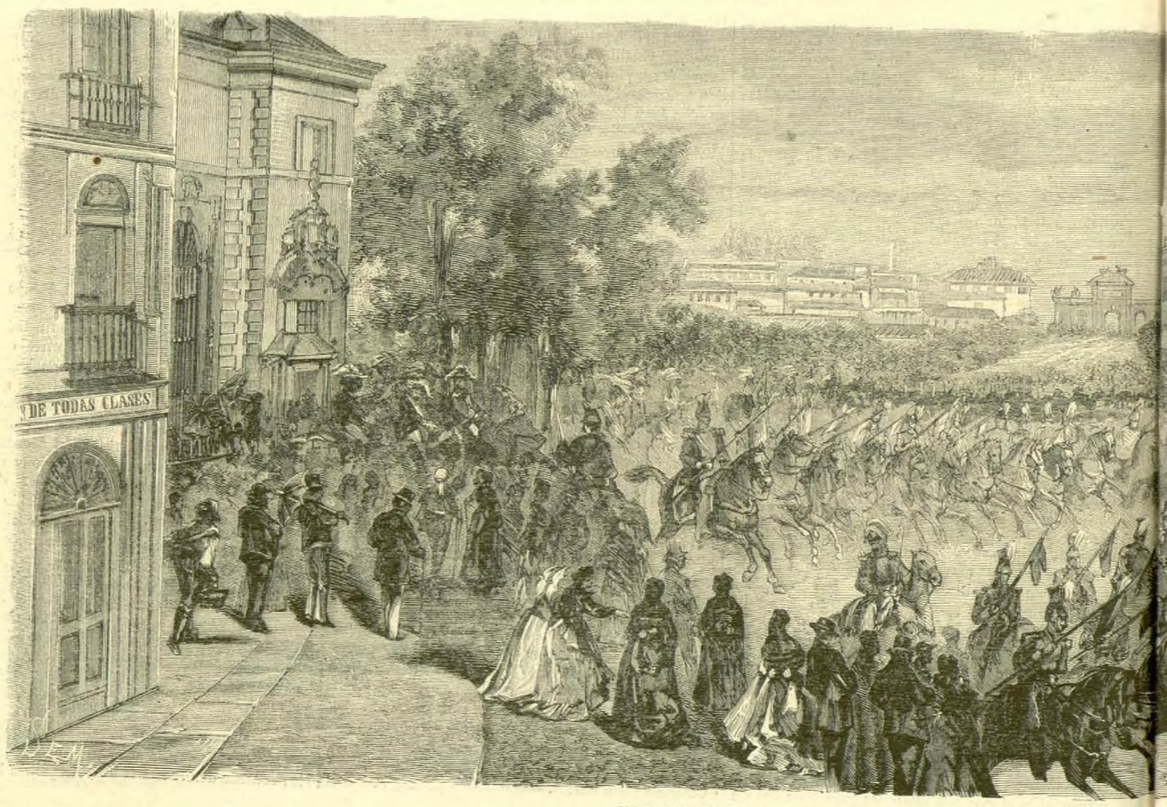
Por eso suele parecerle retrógrado á algunos; porque el Ateneo santifica el trabajo, enaltece la sabiduría, concede derechos á la luz, atropella á la ignoran-

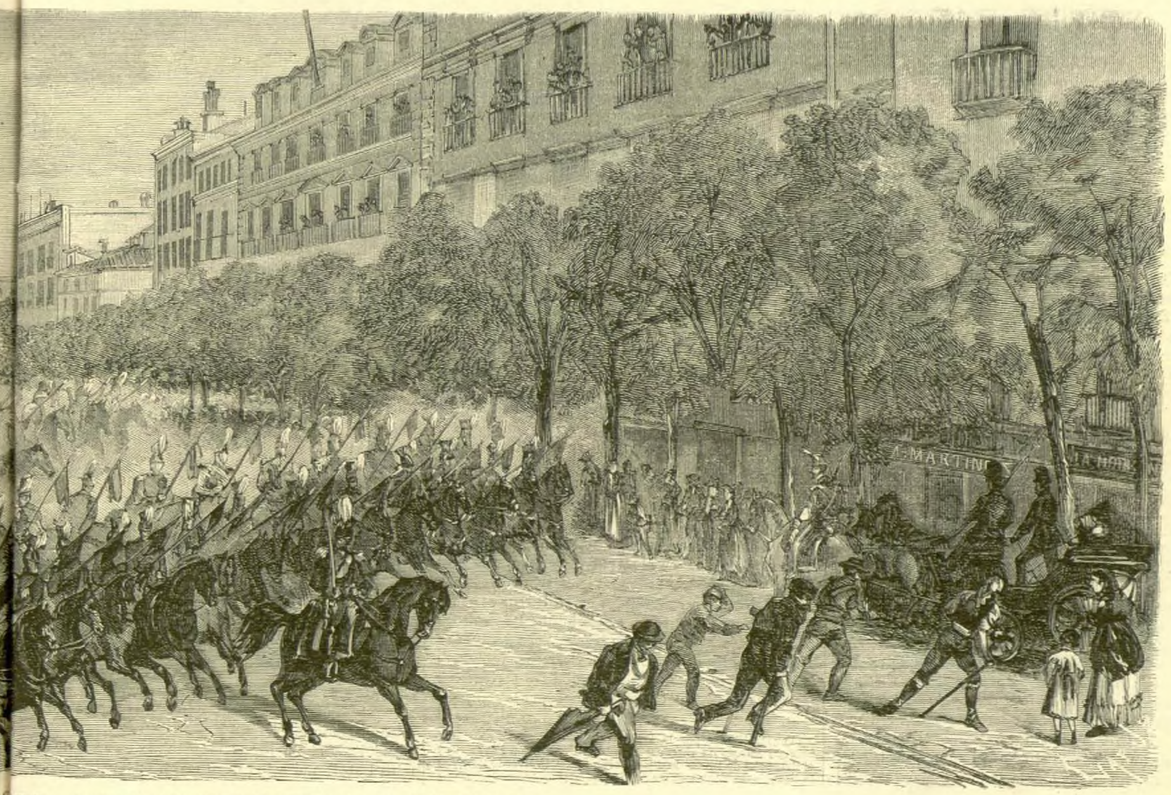


SALVAVIDAS INVENTADO POR MR. PERRY.



NAUFRAGIO DEL BERGANTIN ESPAÑOL «EL NACIONAL» CAPITAN BERDAGUER.





NOTABLE REVISTA MILITAR VERIFICADA EN MADRID EL DIA 9 DEL CORRIENTE.—VISTA TOMADA DESDE EL CENTRO DE LA CALLE DE ALCALÁ.

cia, niega manteles á la inmoralidad; y trayendo siempre á la memoria las ideas de los próceres de 1820, repetimos, cierra sus puertas á todos los vulgos, murmura de todas las profanaciones, se subleva ante todas las injusticias, se mofa de todos los ídolos, desprecia á todas las falsas celebridades; y encerrándose en su modesto caseron de la calle de la Montera, hace hospital y refugio lo que debia ser palacio y parlamento, para que vengan á disfrutar en su humilde recinto el áura pura de la instruccion, los desgraciados de ambos mundos.

¡Ateneo científico y literario de Madrid!: nosotros (el último de todos los hijos) te saludamos con efusion al comenzar el segundo medio siglo de tu existencia.

José de Castro y Serrano.

REVISTA DE TEATROS.

El Encapuchado, partida en tres jugadas, puesta en accion por don José Zorrilla.—*Los Flacos*, comedia en tres actos y en verso, de don José Marco.—*Dos Napoleones*, juguete nuevo en tres actos, por don Narciso Serra.—Compañía dramática italiana, dirigida por el caballero Mayeroni.

Los teatros se van multiplicando en Madrid de tal manera, que habrá de encontrarse muy apurado el que se proponga ver y apreciar todo lo que se ejecute en ellos. Esta exagerada abundancia, y el incentivo de la baratura con que los ménos fastuosos atraen cada dia crecido número de espectadores, hacen que los principales coliseos (que por necesidad son los más caros) tengan hoy mayor precision que nunca de no dormirse sobre sus laureles. Así han debido comprenderlo las respectivas empresas, pues para mantenerse en el favor público apelan al atractivo de la novedad, al esmero en las representaciones, á la mayor brillantez posible en el aparato escénico.

A los ocho dias de abrir sus puertas el teatro *Español*, ha dado la primera de las piezas nuevas anunciadas en su programa: *El Encapuchado*, de Zorrilla. Como saben ya los lectores de La Ilustracion, el éxito no ha correspondido á la fama universal del poeta, ni á lo que de él esperaban sus apasionados. Sin embargo, apresurándose á poner en escena esta obra, la empresa del antiguo coliseo del Príncipe ha hecho lo que debia, teniendo en consideracion el mérito y celebridad de aquel renombrado ingenio.

Ahora bien: ¿ha sido injusto el fallo del público? ¿Merecia *El Encapuchado* un acogimiento ménos frio? ¿Hay en esta especie de leyenda dialogada el movimiento, la vida, el interés sin el cual no es posible que ninguna fábula dramática se apodere del auditorio y lo conmueva y subyugue? ¿Está el atavío de su forma en consonancia con lo que tienen derecho á exigir las personas de acendrado gusto literario?

Si se tratara de un autor que no hubiese logrado, como Zorrilla, cautivar el ánimo de la juventud deslumbrándola y haciéndola tributaria de su peculiar estilo, acaso bastaria con un *no* redondo para contestar á las anteriores preguntas. Tratándose del más popular de nuestros poetas contemporáneos, del único tal vez á quien ha seguido y sigue aún numeroso cortejo de imitadores en España y en las naciones que hablan nuestra lengua del lado allá del Océano, la crítica tiene obligacion imprescindible de no contentarse con decir la verdad á medias y de razonar su parecer, so pena de no servir para nada bueno.

Los ejemplares impresos de esta obra dicen que se estrenó *con brillantísimo éxito* en el teatro Principal de Barcelona la noche del 19 de Marzo último. El público de Madrid, ménos impresionable ó ménos indulgente que el catalan, ha estado más de acuerdo con el dictámen del autor, para quien la nueva hija de su entendimiento es *de las más incorrectas é incompletas* que han salido de su pluma. Cuando él mismo Zorrilla declara espontáneamente que *El Encapuchado* tiene *un tercer acto malo;* que es sólo *un juguete de trama débil,* incapaz de *resistir la inspeccion del lente de una crítica justa é imparcial;* en una palabra, que *no puede aspirar á más éxito que el de pasar sin ser desairado,* ¿quién tachará de improcedente el fallo del público madrileño? ¿Quién no hallará justificada su indiferencia?

Fundada en la tradicion burgalesa del prebendado Lope de Rojas, esta produccion se ha anunciado con dos títulos diferentes; circunstancia que el autor explica del siguiente modo:—«El que lleva *Entre clérigos y diablos, partida en tres jugadas puesta en accion*, es el que la convenia, si el último acto ó jugada fuera el que debia ser: el de *El Encapuchado, leyenda en tres capítulos puesta en accion*, es el que más legítimamente la pertenece, al ponerla en escena como comedia.»—Aplicar al linaje de poemas, á que siempre se ha dado nombre de *comedia* ó *drama*, el singular calificativo de *partida;* llamar á los actos *jugadas;* discutir si hubiera convenido mejor á las tales *jugadas* el dictado de *capítulos*, y al drama entero el de *leyenda* en vez de *partida*, es una extravagancia pueril. Cierto que algunos escritores castellanos y lemosines de los siglos XIV y XV, al traducir y compendiar varias tragedias de Séneca, llaman á las escenas *capítulos* ó *capitols*. Mas sobre ser dudoso que esas traducciones anónimas se hicieran para representarlas, el haber permanecido en el fondo de una biblioteca inéditas é ignoradas de nuestros historiadores literarios, hasta que en el prólogo á las curiosísimas *Farsas* y *Églogas* de Lúcas Fernandez (1) dí razon de los códices que las contienen, deja desde luego adivinar la ninguna trascendencia de tal ejemplo. Fuera de que semejante denominacion no se ajusta á la division de actos y escenas que ha prevalecido en el moderno teatro europeo.

Pero echemos á un lado estas pequeñeces, y veamos de contestar á la tercera pregunta.

Hará cosa de veinte años decia yo, doliéndome del mal empleo que Zorrilla daba comunmente á su poderosa facultad imaginativa, que la poética inspiracion de nuestro famoso lírico superaba en mucho á los mejores y más sazonados frutos de su fantasía. Al hacer tal indicacion, no era mi objeto aludir en abstracto á la impotencia de la palabra para expresar con la virginal intensidad y hermosura de la vaga concepcion ideal lo que imaginamos ó sentimos. En este punto, ni aquellos preclaros ingenios á quienes el consenso unánime de los siglos rinde mayor tributo de admiracion, y cuyos pensamientos hieren más vivamente el alma por la seductora belleza de su forma expresiva, pueden sobreponerse á las condiciones propias del sér humano, limitado y falible en todas sus obras. Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare, Cervantes, Calderon, cuantos genios creadores han sido gloria y delicia de la humanidad desde remotas edades, han pasado por el indecible tormento de encontrar inferior á lo imaginado lo escrito, áun en sus creaciones más felices y mejor realizadas. Mi observacion tenia un carácter determinado, concreto; y á pesar de los años trascurridos, puedo repetirla hoy más seguro que ántes de su exactitud. A no corroborarla antiguas producciones de Zorrilla, *El Encapuchado* seria vivo testimonio de que en sus dramas y leyendas el poeta vale siempre más que la obra. Hasta aquellas donde ha recibido ménos aplauso y que no han logrado hacerse populares, descubren que su punto de vista es bueno, elevada su manera de concebir los asuntos, y su inspiracion llena de misteriosa poesía; mas emplea para dar forma visible á sus creaciones medios tan poco adecuados á la genial belleza del fondo, que rara vez dejan de empequeñecerlas y afearlas.

El drama tradicional y, por decirlo así, legendario, no es invencion de que se pueda envanecer con justicia ningun poeta escénico de la edad presente. Los que atribuyen á Zorrilla su aclimatacion en España, ignoran, sin duda, que en el siglo de oro de nuestra literatura se encuentran diversos ejemplares de piezas de ese género muy caracterizadas en él, los cuales son al drama-leyenda de nuestros dias lo que las comedias de Torres Naharro, Jaime de Huete, Lope de Rueda ó Timoneda á las de Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, Tamayo ó Ayala. Á tal número pertenece la fantástica y rarísima *Comedia nuevamente compuesta por Francisco de Avendaño* (cuya única impresion conocida es de 1553), donde el autor se lisonjea de haber buscado el *nuevo primor* de dividir la fábula *en tres jornadas*. Á él la *Comedia muy ejemplar de la marquesa de Saluzia, llamada Griselda, compuesta por el único poeta y representante Navarro*, coetáneo de Lope de Rueda, y de quien no conocia el erudito Barrera obra ninguna al imprimir en 1860 su copioso *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español*, premiado por la Biblioteca Nacional. Á él, en fin, la *Comedia de la duquesa de la Rosa*, del *ilustre poeta y representante Alonso de la Vega*, impresa por Juan de Timoneda en Valencia el año de 1566. Todas ellas se fundan en tradiciones ó leyendas, vulgares cuando se escribieron; y alguna, como la de *Griselda* ó *Griseldis*, tan generalmente difundida, que se encuentra por aquella época dramatizada en la mayor parte de las naciones cultas de Europa.

Curioso fuera examinar si el drama legendario que hace veinticinco ó treinta años agradaba mucho á los espectadores, puede hoy encadenar su atencion é impresionarlos de igual manera, habiendo variado tanto en poco tiempo las circunstancias, y hallándose tan lejos de la viva fe de otros siglos el cínico descreimiento á que tributan ahora nefando culto las ciegas parcialidades ó turbulentos ambiciosos que para regenerarnos y ennoblecernos pretenden sustituir á la pura luz divina el fuego fátuo de la vanidad y de la soberbia humana. Pero como semejante empeño me apartaria demasiado del fin á que las presentes líneas se dirigen, recordaré aquí únicamente que

Tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux.

No quiere esto decir que *El Encapuchado* pertenezca al género fastidioso, contra quien lanza su anatema el preceptista francés. Mas si bien se mira, dadas las circunstancias actuales, visto el extravío de la opinion, y la perversion del gusto, y el predominio de la desvergüenza, y la anarquía intelectual y moral que nos devora, preciso es convenir en que el drama legendario no es hoy el más á propósito para herir la mente ó conmover el corazon de la endurecida multitud. Además, la última produccion de Zorrilla carece de aquellas condiciones poéticas sin las cuales toda obra de este género parecerá siempre en el teatro desmayada y fría.

A juzgar por lo que resulta del drama, la tradicion que sirve de fundamento á *El Encapuchado* estriba en la tenaz rivalidad que existia entre las ilustres familias de Rojas y de Revuelta, cuyos postreros vástagos moraban en la ciudad de Búrgos á principios del reinado de los Reyes Católicos. Esta rivalidad, trasmitida de padres á hijos con aleve espíritu de venganza, fué parte á que ambas familias se aniquilaran recíprocamente durante cuatro generaciones, y á que no conociéndose de ellas más que dos renuevos, el capitan Revuelta y el prebendado Lope de Rojas, aquél se afiliase en las huestes de doña Isabel, por haberse declarado éste fervoroso partidario de la Beltraneja.

Clérigo contra su voluntad é inclinacion; acosado y vejado sin tregua por sus enemigos; enardecido más cada vez por el ódio heredado de sus mayores, Lope de Rojas habia puesto en olvido con demasiada frecuencia su estado sacerdotal, hasta el punto de atraer sobre sí la excomunion de la Iglesia y de ser condenado á muerte, como rebelde al monarca. Arrepentido de sus culpas, vigorizado con la absolucion pontificia (que fué á buscar á Roma, no bien se pudo sustraer al trágico fin que le aguardaba), torna cautelosamente á la ciudad nativa, resuelto á cumplir su penitencia y acabar para siempre con la funesta enemistad que habia costado tantas lágrimas. La sentencia fulminada contra él y el riesgo que corre de ser ahorcado, le obligan á permanecer disfrazado en Búrgos, circunstancia que favorece sus proyectos, gracias á la anarquía feudal desarrollada en Castilla bajo el débil cetro de Enrique IV.

Indultado al fin por el magnánimo corazon de la reina Isabel; amistado con su mayor enemigo; casada

(1) Publicadas por la Real Academia Española en su *Biblioteca selecta de Clásicos españoles*. Véndese á 12 reales en el despacho de libros de dicha corporacion (Valverde 26), y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas.

su hermana doña Ana de Rojas con don Miguel de Revuelta, hermano del capitan, y todo merced á su industria, perseverancia y aliento, don Lope de Rojas (ó séase *El Encapuchado*) parte á Coimbra, donde ha mandado edificar un templo en cumplimiento de sagrados votos.

Los medios á que apela Rojas para llegar á este fin, y los recursos de que se vale el capitan Revuelta para perseguir y capturar al Encapuchado, adivinando que bajo aquel disfraz se oculta el mortal enemigo de su nombre, son el verdadero resorte dramático de la obra, y dan márgen á sus diversas situaciones y peripecias.

Teatro de estos acontecimientos es la antigua casa de Rojas, cedida por don Lope á su leal amigo el prebendado Maluenda. Con él, y fiados á su paternal solicitud, viven desde muy niños doña Ana y don Miguel, ignorantes de su verdadera estirpe, educados en máximas de virtud, aprendiendo insensiblemente á conocerse y amarse, esforzándose por vencer las contrariedades de la suerte, logrando, en fin, coronar sus deseos uniéndose en indisoluble lazo. Agréguense á esto la pugna de Revuelta con su desconocido hermano, por codicia de arrebatarle la misteriosa doña Ana; las súbitas apariciones del Encapuchado, que al final del acto primero impide al capitan cometer la felonía de asesinar á su propio hermano, en quien ve sólo al escultor Juan Fernandez; y por último, el supersticioso temor del jóven artista, persuadido de haber hecho pacto con Satanás aceptando de un personaje enigmático la salvacion de su vida y honra comprometidas, y se tendrá idea de lo que habria podido hacer con tales elementos un poeta como Zorrilla, si hubiese imaginado y madurado mejor el plan, buscando en el contraste y viveza de naturales afectos lo que en vano ha querido conseguir por medio de combinaciones novelescas ó fantasmagóricas.

Al interés que nace del calor y movimiento de las pasiones, ha preferido el autor el que sólo proviene de la curiosidad; y desgraciadamente no ha sabido excitarla ni mantenerla en *El Encapuchado* de un modo á propósito para conseguir el apetecido efecto. Nada ménos que en la segunda escena del drama discurren de este modo Revuelta y Recoveco, doméstico del prebendado Maluenda, mañosamente introducido en su casa para secundar los designios del capitan:

RECOVECO. «Me ha parecido
algunas noches sentir
con cautela ir y venir,
evitando meter ruido.
CAPITAN. Pues ese duende á buscar
vengo yo; y creo saber
quién debe ese diablo ser
de esta casa familiar.
RECOVECO. ¡Cómo!
CAPITAN. Lo vas á saber:
y si con mi intento salgo,
yo te haré que seas algo.
RECOVECO. ¿Rico?
CAPITAN. Casi, casi.
RECOVECO. A ver.
CAPITAN. Óyeme bien: esta casa
no es propiedad de Maluenda,
aunque por ser de su hacienda
finca vinculada pasa.
RECOVECO. ¿Pues de quién es?
CAPITAN. De don Lope
de Rojas.
RECOVECO. ¿Del prebendado
que está á muerte condenado?
CAPITAN. Y allí donde se le tope,
bien se le puede á través
cruzar sin inconveniente:
y Maluenda es su intendente,
y ella su querida es.
RECOVECO. ¡Demonio! ¡Pues no son flojas
noticias!
CAPITAN. Y he sospechado
que puede el Encapuchado
ser tambien Lope de Rojas.»

Desde que Revuelta pone al público en autos de su sospecha, empieza el espectador á compartirla; dándole mayor asenso á medida que avanza la exposicion, y teniéndola por evidencia cuando en las postreras escenas de ese acto mismo exclama el Encapuchado, dirigiéndose al capitan:

«¡Vuestras corazas metisteis
en el huerto, y detrás de ellas
mis capuchas yo: quisisteis
seguir al diablo las huellas,
y era mal juego: perdisteis!
Capitan de bandoleros,
que á clérigos y seglares
buscais las vueltas mañeros,
y ni nobles ni pecheros
creeis á vosotros pares:
Revuelta cuyas corazas,
lanzas é infamadas hojas,
de Búrgos con viles trazas
mancharon calles y plazas
con la sangre de los Rojas:
yo soy ese encapuchado
tras quien tanto habeis corrido,
con quien al fin habeis dado:
y á un bando opuesto afiliado,
contra vos hecho bandido.
¡Maldito sea todo bando
que marcha de sangre en pos,
rastro maldito dejando!
¡Malditos nosotros dos
que los estamos cebando!»

La alusion del Encapuchado referente á los Rojas y á sus eternas luchas con los Revueltas, deja entrever que respira por la herida, que habla de un particular que le atañe personalmente. Y como el principal interés del drama, tal como lo ha desarrollado el autor, se cifra en averiguar quién sea el protagonista, lo cual no es para nadie un secreto desde las primeras escenas, cuando el héroe de la fábula termina diciendo:

Yo soy don Lope de Rojas,

el espectador ménos lince comprende que se ha equivocado el poeta. De aquí la falta de atractivo en la marcha de la accion, de suyo lánguida y embrollada, y la consiguiente indiferencia del público.

Tres son los elementos esenciales de esta leyenda en diálogo: los generosos intentos del Encapuchado Lope de Rojas; el amor por nadie contrariado, y en cierto modo pasivo, de los pupilos de Maluenda; y las discordias civiles, que más ó ménos directamente influyen en el curso de los acaecimientos y en la suerte de los principales interlocutores. La falta de atinada trabazon y de verdadera intencion dramática; la simetría que resulta de presentarse el Encapuchado en todos los actos á resolver la crísis final, y la carencia de situaciones que agitan el alma, hace que esos elementos, en vez de ayudarse mútuamente y de coadyuvar al fin, perjudiquen á la mitad del conjunto.

Por lo demás, el atavío de la forma no es tan adecuado y bien pulido, que su natural encanto pueda encubrir los defectos del plan, disimular la indecision de los caractéres, comunicar jugo y vida á la sequedad y desmayo de los afectos. Ni una centella de poesía capaz de levantar el espíritu, ni un rasgo de pasion de los que arguyen estudio y conocimiento del corazon humano esmaltan este desgraciado poema; y si alguna vez se descubren en él propósitos de avalorar el diálogo con observaciones morales y políticas de trascendencia filosófica, ó no pasan de conatos, ó son de una trivialidad impropia de tan esclarecido ingenio.

En cuanto al estilo, á la versificacion y al lenguaje poco digno de estimacion, hallará la crítica más indulgente. Nunca se ha distinguido Zorrilla por la correcta belleza de la expresion, por la propiedad de la frase, por la fluidez y tersura del verso; en una palabra, por la cualidad, áun más rara que el ingenio mismo, denominada buen gusto. Pero en *El Encapuchado* la decadencia de la inspiracion y el desaliño de la forma son realmente deplorables. Enamorado del retruécano, lo prodiga de una manera lastimosa, dando á cada paso en puerilidades como esta:

CAPITAN. «Están bustos como el mio
muy bien *tallados*.
JUAN. En piedra
tallados los llevo y rotos:
es conforme se maneja
el hierro.
CAPITAN. No *tallaríais*
uno como este.
JUAN. A la prueba.
Echémonos á la calle;
tallemos: y á la primera
talladura, de mi mano
me direis lo que os parezca.»

Pagado de las trasposiciones, abusa de ellas hasta caer en las mayores extravagancias. Hé aquí la prueba.—Recoveco participa al capitan que Maluenda escribe

«de pergamino en un tomo.»

Juan Fernandez exclama dirigiéndose á Revuelta:

«. . . . . Y como echar
os queria ántes, salir
no os quiero ahora dejar.»

Mariposa, hermana de leche de doña Ana, dice:

«Yo naci vueltas en torno
de los que amo para dar.»

Ni abundan ménos impropiedades y rarezas de este calibre:

—«Porque son muy dulces
las *palabras que babea*
vuestra boca.»
—«De las cerrajas los muelles
aceité bien; al *correlles*
no temais que *alarma den.*»
—«*Cerrad* mi cuarto, no *fuera*
que como *da* á la escalera... etc., etc.»

Sin salir de los versos citados, puede verse que no se distinguen por su cadenciosa armonía. Sin embargo, áun los hay en el drama peor construidos. No me dejarán mentir los siguientes:

—«Más tiempo con la agua al cuello»
—«La torre de la izquierda»
—«Creen que están con los rebeldes»
—«Y no tanteeis el postigo»
—«Y falta: y aun temo que al hopo»
—«Deciaos que como entra»
—«Cree en clavel primaveral, etc.»

Por si álguien lo duda, advertiré que todos son octosílabos, y que es muy crecido el número de sus pares. ¿Por qué no cuidará más de la forma un poeta del mérito de Zorrilla? ¿Por qué malogra su inspiracion dejándola perderse en el abismo de la impropiedad, de la incorreccion y del mal gusto? El que sabe expresarse cuando quiere con poética sencillez, ¿por qué no ha de hablar siempre como en estos lindos versos puestos en boca de Mariposa?

«. . . . . Desde niñas
Vida comun hemos hecho:
mi madre te dió su pecho;
juntas las siembras y viñas
de Quintanilla *corrimos*,
al par con las mariposas
que alegraban, revoltosas
sus espigas y racimos.»

De sentir es que la primera pieza dramática con que nos ha regalado Zorrilla al volver de su voluntaria emigracion, no se preste á juicio más favorable. Confiemos en que su fecundo ingenio tomará en breve honroso desquite con obra más digna de su inspiracion y de su fama.

Descendiendo de las poéticas regiones del drama tradicional y fantástico al risueño valle de la comedia de costumbres, tropezamos desde luego con la titulada *Los Flacos*, dividida en tres actos, escrita en verso y estrenada en el modesto coliseo de *Lope de Rueda*.

Esta comedia, original de don José Marco, no es de las que aspiran á causar honda impresion en el alma poniendo en relieve la fealdad de ridiculeces ó vicios trascendentales. Ménos ambiciosa, redúcese á demostrar que en el mundo todos solemos ser esclavos de algun defecto moral, de alguna flaqueza ó manía, molesta por lo comun para los demás, pero áun más perjudicial y enojosa para quien la tiene. Valiéndose de sencillos recursos, el poeta desenvuelve su idea con bastante acierto, dando vivo color á los diversos caractéres y distintos flacos de cada cual de los seis únicos personajes que intervienen en la fábula, sin convertirlos en caricaturas ni dejarse llevar al terreno de la exageracion chocarrera.

Bien intencionado en el fondo, el autor de *El sol de invierno* ha formado en *Los Flacos* un cuadro ameno y entretenido, que deleita sin envenenar el espíritu, y se recomienda tanto por la naturalidad de la expresion, como por la gracia y soltura del diálogo. Escrita sin pretensiones (como ahora se dice), la comedia de que se trata muestra que el señor Marco no es extraño á los secretos de la buena Talía y va por el camino del arte. Los siguientes versos en que *Luis* manifiesta á su amigo *Enrique* de qué modo se enamoró de *Pilar*,



AMÉRICA.—LA CAZA DEL OSO EN CALIFORNIA.

harán conocer á quien lo ignore la facilidad con que versifica el autor.

«El caso es que entónces yo
estático la miraba,
que cada dia anhelaba
demandarle un sí ó un no;
y que algunos mi ánsia loca
devoré, por no ser ducho,
abriendo los ojos mucho,
pero cerrando la boca.
Hasta que llegó una noche...
¡Ay, qué noche de fatiga!...
en que viéndola una amiga
que se paseaba en coche,
escuché con loco afan:
—Adios, Pilar.—Adios, Juana.
—¿Cuándo es la marcha?—Mañana.
—Y ¿á dónde?—A San Sebastian.
Esto, efectos tan extraños
me hizo, que así que lo oí,
la necesidad sentí
de tomar algunos baños.
Y como, por bien ó mal,
vivo sin padre ni madre,
ni perrito que me ladre,
y tengo algun capital,
la cosa quedó resuelta
disponiendo mi viaje.
Tomé, Enrique, mi equipaje
y un billete de ida y vuelta,
y á poco, á orillas del mar,
hallé dos perlas ufano:
la *Perla del Occano*
y la perla del Pilar.»

La ejecucion de *Los Flacos* ha sido muy atinada, lo mismo por parte de las señoras Fenoquio (notable en el papel de *doña Brígida*), Tenorio y Mayquez, que de los señores Vico, Parreño y Reig. El primero sobre todo, ha tenido momentos felicísimos, que revelan su aptitud para lo cómico, y la flexibilidad de su talento.

Á *El Encapuchado* de Zorrilla ha seguido en el teatro *Español* el juguete nuevo en tres actos y en verso, original de Narciso Serra, titulado *Dos Napoleones*.

Ni por las circunstancias del autor, ni por la condicion de la obra, puede ser la crítica exigente con ella. Milagro es sin duda que quien lleva tantos años de amargos padecimientos físicos y morales, conserve todavía jovialidad para imaginar y escribir piezas dramáticas en estilo jocoso. Fuera de que pedir á un juguete, cuyo fin se reduce á proporcionar alegre entretenimiento, las condiciones de la verdadera comedia, fuera á todas luces injusto.

Pero si no hay en los *Dos Napoleones* caractéres delineados y sostenidos como en *Don Tomás;* si el nuevo juguete de Serra no puede hermanarse con otras producciones suyas, y la insignificancia del plan é inverosimilitud de los recursos cómicos dan á la obra un tinte poco halagüeño, en cambio los chistes de que se halla salpicada y la chispeante gallardía de la versificacion hacen olvidar á menudo semejantes nulidades. Fácilmente lo demostraria con algunas citas, á estar el juguete impreso y tenerlo á mano.

En la representacion se han distinguido las señoras Boldun, Navarro y Dansan, y los señores Catalina y Fernandez. Este último hace un delicioso tendero.

El *Teatro y Circo de Madrid* ha dado acogida recientemente á una compañía dramática italiana. El público, apreciando desde luego el relevante mérito de su director, el caballero Mayeroni, le ha colmado de aplausos, y ha hecho justicia al de los apreciables actores que le acompañan. El cuadro de esta compañía italiana es quizás el mejor y más completo que ha venido á Madrid. ¡Lástima que su repertorio no sea de mejor gusto!

MANUEL CAÑETE.



LA FE DEL AMOR.—GABRIELA.



ESCENAS DEL CAMPAMENTO.—LA GUARDIA MÓVIL FRANCESA.

DIA DE DIFUNTOS.

DIA DE VERDADES.

I.

Hay risas y risas, dolores y dolores. Suelen muchos hablar de la muerte con la risa en los labios; pero no hay ninguna tan buena para el caso, como la risa de una calavera. En cuanto á dolores, desde casa de Elías Lopez, hasta el último tendero, va para un mes se han estado vendiendo por veinticinco duros y por dos reales, en forma de marcos de nicho, coronas, guirnaldas y otra porcion de formas con que el dolor y la siempreviva dan cuenta al prójimo del llanto de los parientes y testamentarios.

Mucho dice la siempre-viva, pero dice más la calavera. Bien podian advertirlo cuantos van al cementerio, que son todos, á ver, ó ser vistos, ó comer castañas y buñuelos. Bien podian detenerse breve instante, al ménos, ante el paño negro, pavorosa alfombra, donde la calavera se ufana, diciendo con su sola presencia verdades que hacen temblar de piés á cabeza.

Treinta y cuatro años han pasado desde que Larra llamó á Madrid cementerio; pero Larra se quejaba por quejarse: «Aquí yace el trono», leia en el frontispicio de palacio. ¡Como si no hubiera todavía trono con qué entretenerse! Daba por muerto al valor español, cuando acá hemos tenido siempre valor para todo. Por muerta á media España, á manos de la otra media, sin advertir que ésta recibiria al fin y postre la muerte de manos de un centenar de Españas; y áun son pocos los partidos, fracciones y cabos sueltos que han tomado el cadáver de la media España restante por gusanera. Tres años echaba de ménos en doña María de Aragon (hoy Senado), y todavía llamaba años á los que nosotros llamamos siglos. En la cárcel reposaba el pensamiento. ¡Pluguiera á Dios reviviese el gran escritor, para decirnos dónde halla hoy dia reposo el pensamiento de ningun español!

En Correos yacía, á su entender, la subordinacion militar, y áun no habian sido asesinados en Madrid sino dos capitanes generales. En la Bolsa yacía el crédito español. Lo cual prueba que todavía quedaba su memoria, puesto que se hablaba de él. La Victoria tenia solar, que algo era. Sólo hablando de los teatros se quejaba con razon, porque áun carecian del realce que les acaba de dar el *Can-can*, palabra que ninguna mujer honrada se atreve á pronunciar, fuera de España, se entiende.

Nos hemos puesto á hablar de dolores y calaveras, juzgando oportunísimo, pues se trataba del llanto sobre el difunto, ofrecer una lágrima á la nacion española. Bien es llevar las cosas por adelantado; y aunque España no haya muerto todavía, como los partidos de lo porvenir no quieren lo que siempre habíamos tenido por patria, ya podemos dar á ésta por enterrada. Los partidos de lo porvenir tienen siempre la razon que les da la sinrazon de los partidos presentes.

II.

No dejará de haber tal cual atrabiliario que nos moteje de lisonjeros, por haber dicho que España vive todavía. No hemos dicho sino la verdad. Como hay risas y dolores, hay plantas y plantas. Estas reciben sávia y vida del suelo, de la luz y del aire: aquellas, del tronco á que se adhieren ó de la pared que derriban; pero mientras el tronco no se seque, ni la pared venga al suelo, ellas viven y medran con toda lozanía.

La natural sequedad de las dos terceras partes de la Península ibérica, apenas consiente sino en las más húmedas umbrías á la hiedra, que es de las plantas que hemos mencionado últimamente, la más conocida del vulgo por parásita. En cambio la referida sequedad hace pulular españoles.

Pero la tierra esquilmada y falta de riego, los montes sin árboles y las costas sin comercio, no dan de comer á la hiedra; esto es, á los españoles; y como ellos, mientras puedan, no han de consentir en que España entera sea el cementerio que por todas partes creia ver el desventurado Larra, han buscado arrimo, ya que el del trabajo era inútil. El tal arrimo, tronco, pared ó lo que pueda semejar, es meramente el presupuesto.

¡Qué buenas cosas se dicen contra él! ¡y qué poco se puede hacer en su contra! Poneos á trabajar; pasad la noche en vela, robando durante el dia cuanto podais á los más preciosos quehaceres. Deshaceos por servir á un amigo, á quien vuestro trabajo puede sacar de un apuro. Ya habeis trabajado y cumplido hasta donde vuestras fuerzas alcanzaban, y áun mas allá. ¿Creeis que tanto trabajo y tan incansable constancia os han podido servir de algo? De nó poco sirve siempre el trabajar; pero de resultado positivo, cuando el presupuesto de la nacion no está de por medio, bien puede asegurarse que no.

El español, despues de pedir sustento á tierra escasa y mal cultivada, á industria, que apenas existe, á comercio, que no se sabe dónde para, y al propio trabajo individual, que si algo logra en esta tierra desventurada, es pobreza y vilipendio, ó se trueca en hiedra del presupuesto, ó muere.

El cementerio de Larra, llegará á serlo de veras el dia en que el presupuesto se haya secado como el árbol, ó caido en tierra como la pared. Entónces, el español, muerto con toda verdad, de hambre, no tendrá más que elegir para caer, el sitio que le acomode; porque de seguro caerá sin esperanzas de vida. Entónces verá el mundo, ya que nosotros no podamos verlo, que no es cierto aquello, de que nadie se muere de hambre, pues la nacion entera probará con su cadáver lo contrario.

En tanto, España puede alternar, no sin cierto decoro, con las demás naciones. Mientras el presupuesto dé sávia á este ó aquel partido, habrá, por lo ménos, españoles que puedan mudarse camisa, vayan limpios y lleven borceguíes de charol. Habrá quien viaje en verano, quien vaya en coche y coma trufas; todo lo cual interesa grandemente al decoro de nuestra patria. ¡Qué se diria, si no, de nacion europea, donde no se consumiesen siquiera unos cuantos centenares de trufas de Perigord!

Somos los españoles generosos, mientras no tenemos dinero; así es que, en general, no hay ricos más tacaños que los nuestros. Alguien ha de gastar,—y lo decimos con toda formalidad,—donde falta el ánimo á los ricos, sean propietarios ó comerciantes, el empleado ocupará su lugar con muchísima razon. En primer lugar, porque gasta cuanto recibe; y en segundo, porque nunca muere. A empleado muerto, empleado puesto. El empleado es genuina representacion de la patria. Toda medalla tiene reverso; pero el extranjero no ha de subir á las buhardillas, ni bajar á los sótanos, donde por falta de sávia del presupuesto, comienza el cementerio que amenaza á España entera. Amenaza remota, porque áun tiene el presupuesto vida suficiente para ir trampeando, que es de lo que se trata, con tal de no perder la vida.

III.

Quedamos, pues, en que áun no ha llegado el caso de darnos por muertos. ¡Santo presupuesto, último amparo de la vida de España! ¡sé tú el antemural contra la espantable amenaza de ver á la Península ibérica trocada en cementerio! Por tí viven unos españoles, mientras los demás envidian á la marmota el sueño de invierno, que les haria olvidar el hambre. Por tí tiene España gobierno, magistratura, ejército, marina, arte, filosofía alemana, canales, caminos y pronunciamientos. Por tí vive, por tí muere, como diria el cantar del pueblo; y no hay duda que eres el pulso donde puede averiguarse la vida de que España dispone.

No acertó, pues, el insigne peregrino ingenio de Larra en decir que veia por do quiera el cementerio. Le hay, en efecto; pero es, como si dijéramos, de sacramentales; el general le habrá despues de la última boqueada del presupuesto.

No permita Dios que éste muera; porque en ese caso, pueblo que no acierta á vivir por sí propio, morirá como la golondrina que, por ensalmo, se viese de repente en la cumbre de Guadarrama el Dia de Difuntos.

Consolémonos con que la ilusion padecida por un hombre de talento, hace treinta y cuatro años, es todavía ilusion, lo cual sucederá mientras nos dé vida el último retazo de impuesto. Cuando se acabe, no hay sino darse tambien por muertos los últimos españoles que de él hayan disfrutado... y siempre se logrará una gran cosa. Muerto el último español, habrá al cabo paz en la Península, trocada, por la primera vez, desde que el mundo es mundo, en mansion de reposo.

Entónces podremos, esto es, podrán los que nos sobrevivan hablar de cementerios. Entre tanto, no hay para qué pasar de la antesala. Sigamos en España, porque, mientras haya pared, habrá hiedra; mientras presupuesto, españoles.

De esto sale una ristra de verdades, que ni de ajos valdria más.

Mientras haya españoles que cobren, los habrá que *esperen*.

Mientras haya quien espere, habrá quien conspire.

Mientras haya quien conspire, habrá quien le crea.

Este creyente se sublevará.

Si no triunfa, será fusilado.

Si vence, logrará honores y bienes terrenales.

Con lo primero, perderá únicamente España, á lo cual ya estamos hechos.

Con lo segundo, perderá el presupuesto, á lo cual no nos haremos jamás.

Si los pronunciamientos no pasan de cierto número, el presupuesto verá cómo los puede aguantar.

Si exceden, serán inaguantables.

El presupuesto no puede lo imposible...

Basta de verdades, que á este paso nos llevan al cementerio.

IV.

¡Á qué pasar de la antesala! Desde ella, todavía podemos retroceder. Pero lo que vamos diciendo, ya no es verdad. El español, entre el presupuesto y el Campo Santo, no tiene más remedio sino parar en el último, cuando le echan del primero. La antesala no es sitio de espera, sino de paso. Por España se va únicamente al empleo ó á morirse de hambre. Quien intente medrar y verse honrado por su trabajo, váyase de España, donde la honra y el trabajo no son hermanos, y donde el hambre amenaza siempre al trabajo y á la honra.

A decir verdad, con el mejor deseo y la más sana intencion, nos habiamos propuesto mostrar ánimo firme contra todo género de inconvenientes y estorbos. Complacíanos el ver que ántes del cementerio áun tenia el español el recurso del presupuesto; mas, para ser francos, fuerza es confesar que de no tener fé en Dios, habriamos ya perdido la poca que en nuestra patria conservábamos. Pasáramos adelante, hasta renegar de España, si no hubiésemos recordado aquellos versos que un español del siglo XVI dedicó al conde don Pedro Ansurez:

> La vida de los pasados
> reprehende á los presentes;
> ya tales somos tornados,
> que el mentar los enterrados
> es ultraje á los vivientes.

Ahora bien: si lo pasado parece mejor, áun siendo lo presente bueno, ¡qué no parecerá, cuando lo presente es malo!

Quédense, pues, á un lado quejas y lamentos. La tierra no es mansion de delicias, sino de prueba. Trabajemos cuantos tengamos la honra en cierta estima, para lograr que España pueda un dia ser algo.

Arriba, pues, y á trabajar. ¡Adelante, sin temor al presupuesto ni al cementerio!

FERNANDO FULGOSIO.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Continuacion.*)

XXII.

EQUIVOCACIONES.

Los que mejor pasaron la noche de todos nuestros personajes, fueron el Pintado y Gabriela, aunque esto parezca extraño.

Se creian completamente seguros: avisados á tiempo.

Elena, segun ellos creian, se habia enamorado de su conocimiento del teatro Real.

Luchaba; pero ellos la empujarian, ellos la ayudarian á caer en aquel nuevo amor, mucho más conveniente.

Estéban quedaria abandonado.

En el plazo de tres ó cuatro meses, la Audiencia confirmaria la sentencia del juez de primera instancia, seguiria inmediatamente la ejecucion, y todo estaba concluido.

Por otra parte, el Caballero debia perecer dentro de las cuarenta y ocho horas.

El secreto quedaria perfectamente guardado por la tumba, y la venganza satisfecha.

Esto, por parte del Pintado: Gabriela, por la suya, habia tomado una resolucion definitiva y habia adquirido la tranquilidad que sobreviene despues de toda resolucion, sea cualquiera su objeto.

Más tarde veremos cuál habia sido la resolucion de Gabriela.

Para los demás, la noche habia sido terrible.

Estéban, irritado contra Elena porque se creia abandonado de ella, irritado por el candente recuerdo de la visita de Gabriela, pasó la noche en un insomnio terrible, bajo una especie de delirio pesado, insoportable, en que se mezclaban para él Elena, Gabriela, el patíbulo, la eternidad.

Una de esas pesadillas horribles, de las que se despierta con fuego en la cabeza, con plomo en el corazon.

Dentro de su letargo, un sueño sombrío habia afligido á Elena: veia á su madre, pretendia tocarla, acariciarla, y su madre se perdia en tinieblas misteriosas, en el fondo vago del sueño.

Veia á Estéban en un calabozo horrible, acusándola, tal vez maldiciéndola, y al fondo de aquel calabozo veia el semblante de Enrique que la miraba ansioso, de Enrique que la amaba, ó que á lo ménos sentia por ella los principios de un amor inmenso; Enrique, que era la única esperanza de salvacion de Estéban.

Tres veces durante la noche Gabriela habia despertado, se habia levantado, y habia ido á observar á Elena.

Siempre la habia encontrado aletargada, febril.

Siempre habia oido sus gemidos entrecortados.

Siempre habia visto lágrimas en sus ojos.

—¡Oh! ¡se ha enamorado! ¡se ha enamorado como una loca! exclamaba.

En vano habia querido sorprender alguna palabra al sueño de Elena.

Fuera de los sollozos, el sueño de la jóven era mudo.

La tia y el sobrino pasaron una noche de delirio.

Angeles no durmió.

En cuanto al Caballero, el narcótico que le habia dado para procurarse algunas horas de libertad doña Teresa, le procuraba el sueño más pesado y más incómodo del mundo.

Teresa en cambio dormia dulcemente.

Parece, pues, que á los que nacen malvados no les inquieta nada más que el peligro.

La conciencia no existe más que para los buenos, que por un exceso de pasion ó por una fatalidad se han convertido en malos, ó lo que es lo mismo, han violentado su sentimiento.

Amaneció un dia hermosísimo.

Uno de esos dias de invierno que parecen un olvido del otoño.

Ángeles se levantó más temprano que de ordinario.

Se levantó sin haber dormido.

Estaba pálida y fatigada.

Llamó al jefe de cocina.

—Tengo convidados en la quinta de la Fuentecilla, y necesito un almuerzo conveniente para las doce, le dijo.

—¿Cuántas personas, señora?

—Cinco.

—¿Se prepara almuerzo para los criados?

—Indudablemente.

—¿Grande almuerzo, señora?

—Ni grande ni pequeño: se trata de unos señores de provincia.

—Perfectamente.

El jefe se retiró.

Ángeles sentia pesada la cabeza, y bajó al jardin.

Eran las siete de la mañana.

Ella no se levantaba nunca hasta las once.

El jardin era grande, magnífico, poblado de árboles de sombra, revestidos los altos muros de fresca hiedra, en la cual brillaba la escarcha, producto del rocío helado, con el aspecto de pequeños diamantes, sobre un esmalte verde oscuro.

Festones de madreselva corrian del uno al otro de los grandes árboles, y al fondo los invernaderos dejaban ver el lujo de sus plantas exóticas, de sus flores bizarras.

En el grande espacio comprendido entre los árboles, un parterre dejaba ver en el centro una fuente de mármol blanco, casi monumental.

Ángeles habia, á excepcion de los árboles y la hiedra, y la madreselva que ya existian, compuesto aquel jardin con un gusto exquisito.

Los invernaderos eran verdaderos salones de cristal, que podian usarse tanto en el invierno como en el verano.

Á través de los cristales del invernadero del centro, del más grande, del más bello, vió Ángeles un hombre que se paseaba de bata, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

Aquel hombre era Enrique.

Se habia, pues, levantado ántes que ella.

Tal vez, como ella, no habia dormido.

Ángeles se volvió ántes de que pudiese reparar Enrique en ella.

No queria avivar el fuego de sus ilusiones entrando en materia sobre ellas.

Al volverse sobre el pabellon que formaba el vestíbulo del jardin, vió un balcon abierto.

Aquel balcon correspondia al dormitorio del marqués.

Allí tampoco se habia dormido.

Allí tambien se necesitaba respirar el aire fresco y puro de la mañana.

Ángeles se apresuró á ponerse á cubierto bajo el vestíbulo, para impedir que por un acaso la viera el tio, como habia impedido que la viera el sobrino.

Todo esto apretaba el corazon de Ángeles.

Tenia por otra parte ánsia por conocer á Elena.

No podia explicarse cómo la jóven podia ser hija de Mercedes; pero suponiéndolo, la amaba ya.

Ella amaba mucho, sólo por el conocimiento de su retrato y por la vaga noticia de que habia sido muy desgraciada, á la pobre difunta.

—Es necesario, dijo subiendo á su cuarto, que yo me eclipse: sin duda alguna, en cuanto sean las nueve de la mañana, Enrique vendrá á verme creyendo que no es una hora demasiado intempestiva para despertarme, á hablarme de su negocio: es necesario hablarle lo ménos posible de ello.

Ángeles hizo que sus doncellas la diesen una taza de leche y la vistiesen.

Pidió un carruaje.

Se fué á la cercana iglesia de San Francisco el Grande.

Habia dejado para el marqués la advertencia de que aquel dia no podia almorzar con él.

Hasta las nueve estuvo en la iglesia.

Pero nuestras iglesias están heladas en el invierno; la civilizacion no ha llevado hasta ellas los caloríferos, y el frio la echó, á pesar de su fé y de su devocion.

Estaba aterida, y mandó que la llevasen, cuanto de prisa fuera posible, á la quinta.

Esta quinta estaba sobre el camino del Pardo, más allá de la puerta de Hierro, á las orillas del Manzanares, y era un retiro agradabilísimo embellecido por la buena imaginacion y por el gusto de Ángeles.

Allí se metió en su cuarto, se refrigeró al calor de una buena chimenea, y se echó vestida sobre la cama.

Á poco, rendida, se durmió.

Cuando se dormia daban las diez y media en un magnífico reloj, gusto Luis XIV, puesto sobre la chimenea.

En aquel momento Enrique, muy pálido y con grandes ojeras, como quien no sólo no ha dormido, sino que ha pasado una noche de delirio, entraba en la fonda de las Peninsulares, y poco despues en el cuarto de nuestros personajes.

En lo que podia llamarse salon estaba solo el Pintado, completamente vestido ya, con su larga levita negra, su camisa de cuello muy alto y muy limpia, su gran cadena de oro que le pendia del cuello, y los innumerables dijes de su reloj, saliendo del bolsillo de su chaleco de raso negro.

Al ver al marqués, que iba elegantísimo con un traje de campo, adelantóse hácia él y le tendió sus dos anchas y ásperas manos.

—Esperábamos á usted, señor mio, mi mujer y yo, dijo: le esperábamos, pero no tan pronto: las señoras se están vistiendo.

—Necesito que se me dispense por lo inoportuno de la hora, dijo Enrique haciendo un esfuerzo para conocer por qué á la luz del dia le parecia el Pintado más repugnante que lo que le habia parecido á la luz del gas de las galerías del teatro; pero me he tomado la libertad de contar con ustedes para un almuerzo á que los invita mi prima Ángeles, es decir, más que mi prima, mi madre.

—Cómo, no, señor don Enrique, exclamó el Pintado: usted es muy dueño: esa señora y usted nos honran mucho, muchísimo: yo estoy encantado: ellas lo estarán tambien cuando lo sepan... ¡Oh! ¡y la chiquita... la chiquita!... está usted de enhorabuena, señor mio, añadió el Pintado golpeando familiarmente el hombro del jóven.

Enrique se desentendió.

—Si hemos de almorzar, dijo, á la hora que ustedes acostumbran, sin duda al medio dia justo... yo creo que en el campo se come á las doce...

—¡Oh! ¡sí, señor, eso es, á las doce! contestó el Pintado sonriendo siempre.

—Era, pues, necesario venir con hora y media de anticipacion, porque vamos á almorzar en nuestra quinta de la Fuentecilla, que está cerca del Pardo.

—¡Oh, señor mio, cuánta bondad!... ¡y si usted supiera!... me alegro que ellas no estén aquí; si estuvieran, no podria yo hablar... y entre hombres... entre amigos... porque nosotros seremos grandes amigos... digo... por mi parte, lo somos ya...

—Indudablemente, amigo mio, indudablemente, dijo Enrique haciendo un nuevo esfuerzo para sonreir: grandes amigos.

—Pues entre amigos... ¡qué diablos!... ¿para qué son los amigos sino para servirse, para consolarse?... Pues bien, la Elenita...

—¡Oh!

—La Elenita...

—Es una admirable jóven.

—Me parece que se pagan ustedes.

Enrique se puso pálido.

—¡Cómo! dijo.

—Lo que yo le decia á usted: queria al otro... pues... cosas de muchachos... todas ellas tienen media docena de novios, particularmente cuando son bonitas, ántes de querer á un hombre... ella se ha olvidado completamente del otro... ella no piensa más que en usted.

Á Enrique dejó de parecerle repugnante el Pintado.

Como que halagaba su deseo.

Como que le hacia entrever una esperanza.

—Dice usted...

—Vamos... nosotros la hemos preguntado...

—Y ella...

—Ella... ella... no ha dicho una palabra; pero estaba inquieta, pálida: se estremecia cuando la hablamos de usted: por último, se metió en su cuarto llorando: es muy pudorosa, muy reservada, pero muy sensible al mismo tiempo, y no puede ocultar lo que siente.

Enrique sintió que le zumbaban los oidos, y previeyendo el caso de que sobreviniese un vértigo y no pudiesen sostenerle las piernas, se apresuró á sentarse en el sofá.

Ya sabemos los antecedentes que existian para hacer que el afecto que le habia inspirado Elena fuera una pasion delirante.

Para él Elena era la realizacion de un sueño, de un imposible.

Le habia, pues, causado una sensacion imponderable la noticia de que era amado por Elena.

—¿Pero se nos pone usted malo? dijo el Pintado con una gran solicitud, viendo el trastorno de que daba señales el semblante del jóven: vamos, es necesario creer á los que dicen que el amor, que el verdadero amor, el amor irresistible, entra de una vez—la voz del Pintado al pronunciar estas palabras tenia, á despecho suyo, algo de lúgubre, de cavernosa.—Están ustedes iguales: ¿quiere usted que pida té?

—No, no; esto ha pasado, dijo con fatiga Enrique: suplico á usted reserve esta debilidad mia... yo no sé... yo no comprendo... en fin, esto ha pasado, y no volverá á suceder: yo me dominaré.

—¿Y para qué dominarse, dijo el Pintado insistiendo sin consideracion alguna, si ella está que la ahogan con un cabello, como usted?... ¡si se ha levantado como una desenterrada!... en fin, ya verá usted, ya verá usted cuando salga, que no tardará: hace una hora que están ahí las dos vistiéndose: las mujeres no acaban nunca, cuando se trata de ponerse guapas: yo he tenido tiempo de tomar chocolate, de fumar un cigarro, de afeitarme, de ponerme camisa limpia, de limpiarme las botas... pero, señor, ¿es posible que se quieran así dos, hasta ponerse el uno malo por el otro tan de repente?... ¿quién resiste á esto?

Y la voz del Pintado habia tomado de nuevo un acento lúgubre.

—Y si esto no pasa, y si esto dura, continuó el Pintado: debe ser una felicidad del infierno: si, si, eso es... como la que yo gozo con mi mujer... pero esto ha venido despues... mucho despues, cuando nos hemos conocido... ¡Oh! estos amores no pueden pasar, no... no pasan más que con la muerte.

Enrique, puesto ya sobre sí, habia acabado por encontrar extrañas estas observaciones, y mucho más extrañas á causa del acento con que eran pronunciadas.

Además, en los ojos del Pintado habia algo de insensato.

Á veces no se veia de ellos más que lo blanco, lo que producia por un momento una expresion de ansiedad espantosa.

—Nos vamos á divertir mucho, dijo Enrique levantándose de improviso y con acento ligero.

—Diablo, no digo que no: pero me parece á mí que no está usted de humor de divertirse, dijo el implacable Pintado: ¿á qué fingir lo que no se siente? usted no quiere que hablemos de esto, yo no sé por qué... usted cree que la chiquita no puede quererle, y procura usted que no conozca lo que usted la quiere: ¿qué interés tendria yo en esto?... es verdad que me alegraria de que hiciese un buen casamiento... mi mujer y yo la queremos mucho: si usted no me hubiera parecido un hombre de honor, yo no hubiera tomado en esto parte alguna: yo soy muy rigido; pero todo aconseja... sí, sí, señor... yo no sabia más que parte de la mitad: esto es, que usted se habia enamorado...

—¡Por Dios, amigo mio! dijo Guzman; ya veremos.

—Se comprende que usted no me conoce: yo soy muy vehemente, muy franco, dijo el Pintado recogiendo velas, y me expongo á que se forme de mí un concepto equivocado; Gabriela me lo dice:—Tú no sabes reprimirte, Juan, y no todos te conocen.

(Se continuará.)



INUNDACIONES DEL TURIA LA NOCHE DEL 30 DE SETIEMBRE.

LAS INUNDACIONES DEL TURIA.

Los últimos dias del mes de Setiembre han sido fatales para los habitantes de la comarca valenciana que baña el Turia. El grabado que publicamos en este número representa una de las escenas más terribles de esta catástrofe. En la noche del 30 los vecinos del Grao notaron que la corriente era muy caudalosa. Nadie presumia, sin embargo, que poco despues presenciarian los horrores de la inundacion. Una tremenda mole de agua se replegó ante el terraplen del ferro-carril construido en el centro de la ria que corta el antiguo cauce del Turia. No pudiendo romper el dique se extendió por los campos próximos á la estacion del ferro-carril, inundando éstos, la estacion, la plaza de San Roque y todo el terreno que media desde dicha plaza hasta el contramuelle.

Una masa de agua de más de sesenta centímetros de altura obstruia la salida de las casas de este punto, estableciendo corrientes de una á otra calle por dentro de las casas. Los almacenes de la estacion, paralelos al trinquete, despedian, por un boquete abierto en la pared, una abundante acequia de agua que iba á aumentar la recogida entre el malecon del contramuelle y la estacion, llenando hasta un metro de altura las casas y barracas que existen entre éste y la estacion. Por fin, el aumento de aguas consiguió abrir paso por entre el muro de arena que encauza la nueva desembocadura del rio y el terraplen del ferro-carril, precipitándose espumosa al mar. Ya entónces habia visto la multitud de personas que por allí discurria á unas familias que demandaban socorro desde el tablado del tinglado de la Rosa del Turia, que desde el pasado año estaba varado en la playa.

Nadie puede socorrerlos, todos se confunden, van y vienen, mientras las aguas rugen y se aumentan, hasta que un ¡ay! terrible indica que arrastran á la muerte á los desventurados séres que allí se abrigaban. Los aterrados espectadores no comprenden qué puede hacerse para salvar á los que, jugete de las olas, van mar adentro; por fin, el bote-salvavidas aparece en la punta del contramuelle tripulado por bravos marineros que no conocen el peligro; pero ya es tarde: las olas han destrozado el flotante abrigo, y todos los séres que conduce se sepultan bajo las olas. Bogan, sin embargo, y el salvavidas, acá recoge un náufrago, allá otro, y consigue salvar cuatro infelices de los depositados en un caseron, cuyo dueño acude á socorrerlos, ayudado de una porcion de séres caritativos que se disputan este humanitario trabajo.

Á consecuencia de este siniestro perecieron cinco personas, y un jóven que salió nadando para alcanzar la orilla por la parte de Nazareth.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.